

CATALINA BÀRCENA

8

MONA MARIS

ROSITA MORENO

GILBERT ROLAND

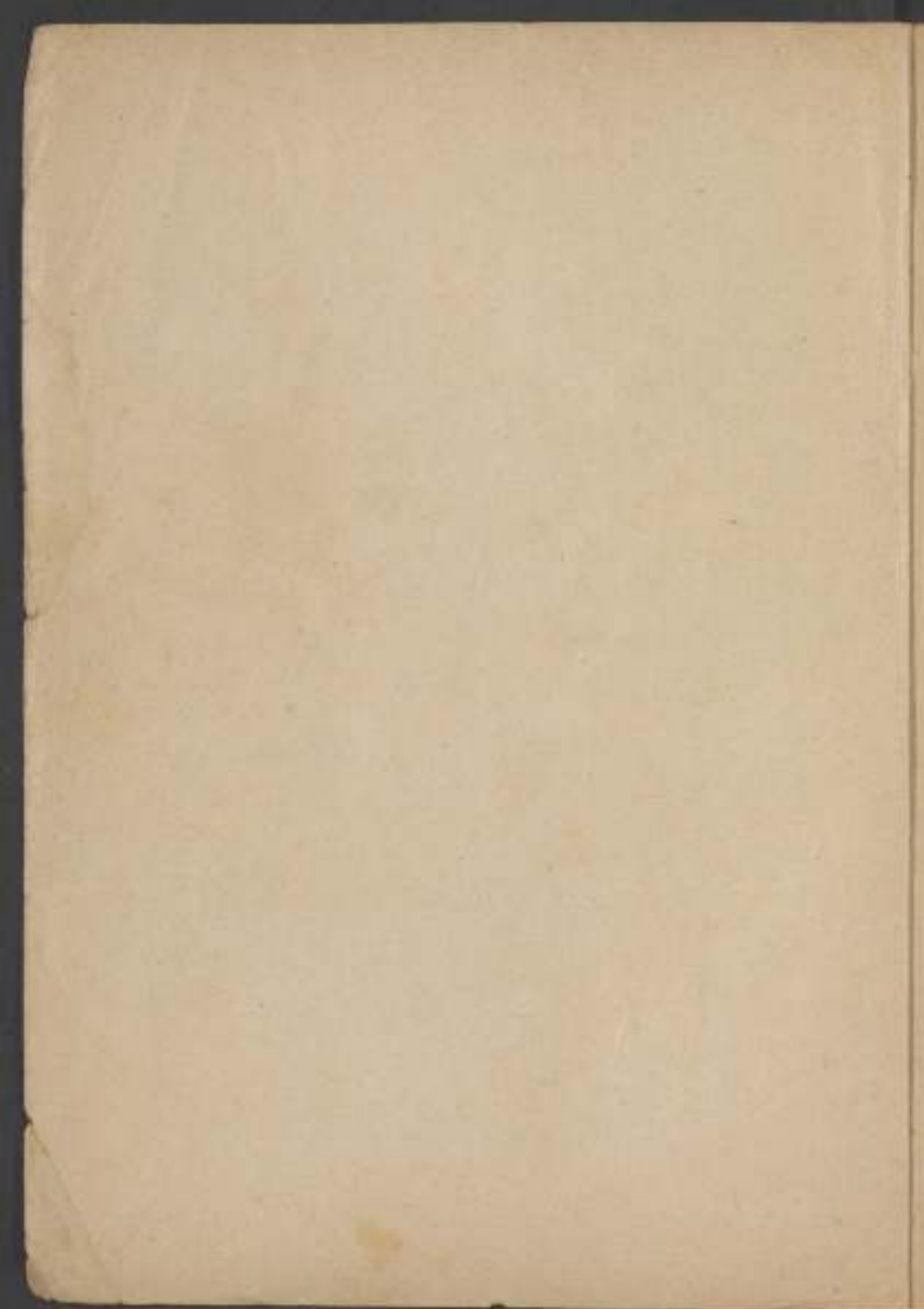
VALENTIN PARERA

# YO, TU Y ELLA



EDICIONES BISTAGNE





YO, TÚ Y ELLA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

num 269

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Dirección: FRANCISCO-MARIO DISTAGNE

Ediciones DISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - BARCELONA

## YO, TU Y ELLA

Finísima producción hablada en español.

Basada en la obra del ilustre comediógrafo GREGORIO MARTÍNEZ  
SIERRA, «Mujer».

Dirección de JOHN REINHARDT

Supervisión de GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

Adaptación cinematográfica de JOSÉ LÓPEZ RUBIO  
y JOHN REINHARDT

Es un film FOX  
(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por  
HISPANO FOXFILM, S. A. E.  
Valencia, 280  
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

## Reparto

ESTRELLA. . . . .	CATALINA BÁRCENA
Gabriel . . . . .	Gilbert Roland
Fernanda . . . . .	Rosita Moreno
Laura . . . . .	Mona Maris
Eduardo. . . . .	Valentín Parera
Carlos . . . . .	Julio Peña
Mariano . . . . .	Romualdo Tirado
Doacella . . . . .	Rosita Granada
Fotógrafo . . . . .	José Peña Pepet



## Preámbulo

---

Otra vez Catalina Bárcena y Martínez Sierra pasan por la pantalla española dejando la brillante estela del triunfo.

Otra vez una obra de Martínez Sierra, puesta al servicio del talento de Catalina Bárcena, nos prueba que estos dos nombres—si no hubiera otros muchos—bastarían para que el cine hispano encontrara abiertos los horizontes de su porvenir.

"Yo, tú y ella" es uno de esos primores literarios que han salido de la pluma inimitable del autor de "Canción de cuna". Y la exquisita comedia, al ser trasladada a la pantalla, ha conservado toda su gra-

cia, toda su elegancia, toda su fina intención.

Catalina Bárcena, pletórica de facultades, en plena juventud artística, magnífica de encantos, se supera en cada nueva interpretación, aunque esto parezca imposible después de haberla visto en sus creaciones de "Mamá", "Primavera en Otoño" y "Una viuda romántica".

Catalina Bárcena desempeña en "Yo, tú y ella" un papel lleno de inspiración y de penetración artística y emocional. Es la estrella de primera magnitud que mantiene en todo momento a gran altura el valor cinematográfico y literario de la obra, y alrededor de la cual gi-

ran otros astros también espléndidos del naciente cinema español.

Rosita Moreno desempeña el papel de damita joven con toda la desenvoltura, gracia y acierto de que ella es capaz, y Mona Maris, a cuyo cargo corre la encarnación de la otra, nos da una visión exacta de lo que es una de esas mujercitas, sedientas de lujo y agitadas por mil vehemencias, capaces de arrebatarse los maridos a las mujeres de su casa.

Aun hay otra mujer en el reparto de "Yo, tú y ella", Rosita Granada, que interpreta con justeza admirable un papel de doncella.

En cuanto a los hombres, nos sería difícil establecer una escala de méritos. Cada cual en su papel y cada cual en su creación, consiguen hacer de "Yo, tú y ella" la película hablada en español más brillantemente interpretada que hemos visto.

Gilbert Roland es el hombre que en su segunda juventud se deja atrapar por la frivolidad de una coquette y deja por ella a su esposa que vale un millón de veces más por todos los conceptos. Sobriamente, Gilbert Roland va presentándonos las reacciones de un espí-

ritu deslumbrado momentáneamente y arrastrado al mayor error de su vida, hasta que vuelve la perdida lucidez y el equivocado rectifica.

Parera, fácil y seguro en su papel de Eduardo, el noble amigo del matrimonio, y Julio Peña, admirable de simpatía y de acierto en su trabajo de galán.

Romualdo Tirado—el ayuda de cámara del protagonista—hace un papel breve, pero lleno de gracia fina, y José Peña, el fotógrafo, hace también las delicias del público en su momentánea intervención.

Ante este film tan admirablemente interpretado y hablado tan correctamente, hemos sentido la íntima satisfacción y el orgullo de ver logrado lo que tan difícil parecía. Los elementos españoles han entrado en Cinelandia por la puerta grande y esto nos hace prever que muy pronto estará nuestra patria, en lo que al cine se refiere, a la altura de los países que van a la cabeza en la producción cinematográfica.

Catalina Bárcena y Martínez Sierra se hallan en España actualmente y han hecho declaraciones que confirman estas esperanzas. Martínez Sierra ha permanecido va-



rias temporadas, como todos sabemos, en Hollywood y ha recogido las enseñanzas necesarias para que podamos esperar de él grandes cosas. Acaso muy pronto, la gloria de la dramática española merezca también el título de gloria del cine español.

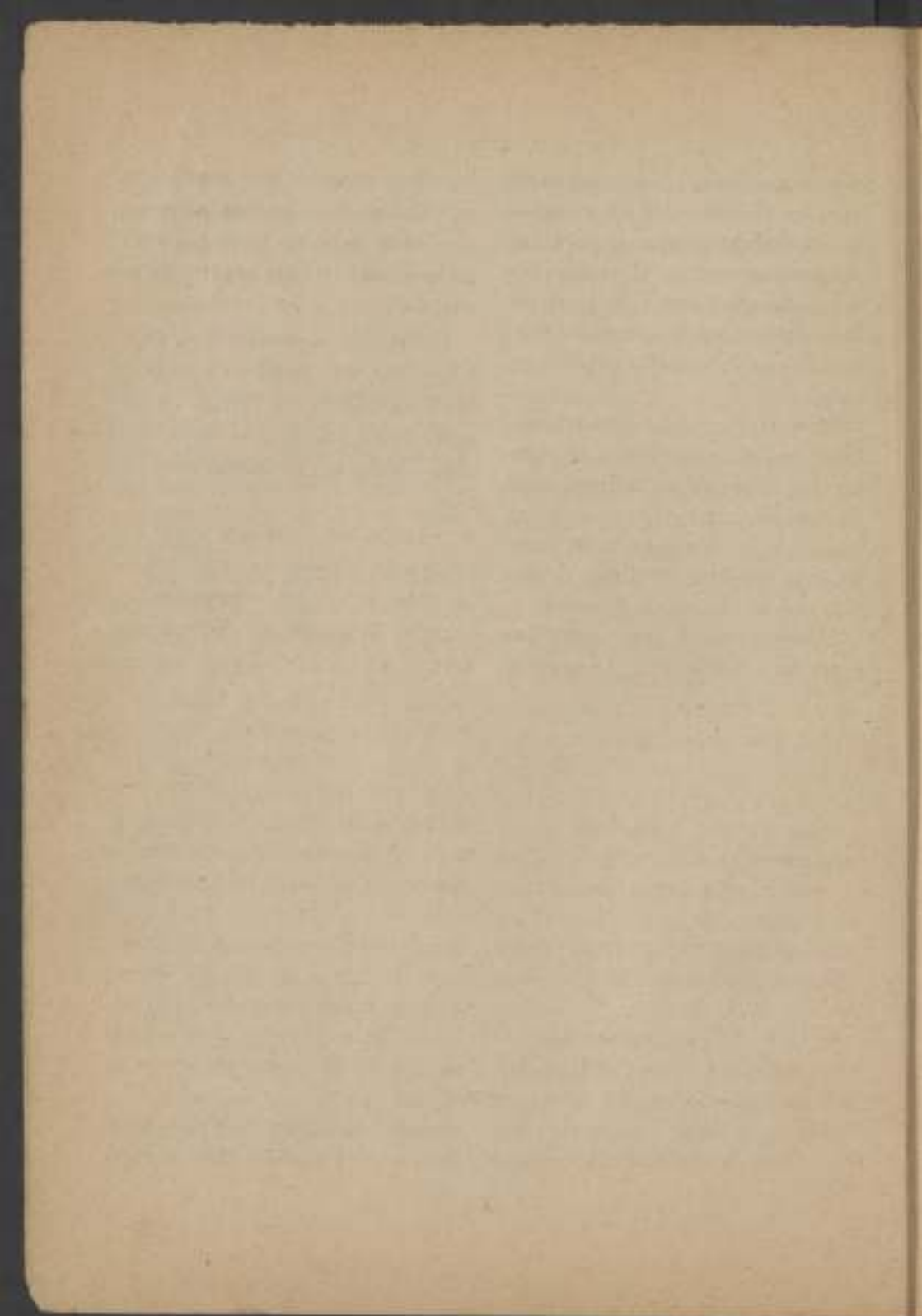
Martínez Sierra ha enfocado con toda amplitud el problema de nuestro cine. Nada de pequeñeces, nada de ensayos sin medios que hagan imposible la competencia de nuestro cine con esos prodigios de técnica que nos llegan de América.

Martínez Sierra tiene autoridad y prestigio sobrados para encontrar

la ayuda material que requiere la realización de su magna empresa, y nosotros hacemos votos por que así sea, pues estamos seguros de su triunfo.

Entretanto, esperamos otro acontecimiento más próximo y seguro. Martínez Sierra ha escrito un argumento de película, es decir, una obra dedicada exclusivamente al cine.

Será, no un éxito más entre los que ya ha conseguido como cineasta, sino un triunfo excepcional y grande. No puede ser de otro modo.



# Yo, tú y ella

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

## I

—Buenas noches, señorita — dijo en francés Eduardo Ayala, acercándose a la muchacha encargada del teléfono.

—Buenas noches, señor Ayala.

Y sin esperar a que Eduardo manifestara su deseo, añadió:

—Quiere usted comunicar con las habitaciones de los señores de Villalba, ¿verdad?

—Sí me hace el favor...

Eduardo Ayala iba tan asidua-

mente a aquel hotel de París a visitar a sus amigos, los señores de Villalba, que todos le conocían como si fuera huésped del hotel.

La muchacha maniobró en el cuadro telefónico y levantó la cabeza con un gesto de desolación.

—Comunican. La hermana de la señora se pasa el día hablando por teléfono.

En efecto, Fernanda, una preciosa joven llena de vitalidad y simpá-

tía, empuñaba el auricular y estaba diciendo:

—Sí, sí. Mucho interés, muchísimo interés. Todos... Y yo... Claro, naturalmente, claro que sí... Acuérdate. A las siete y media nos sentamos a la mesa. ¿No faltarás?... Bueno, adiós... Adiós, Carlos, adiós.

Colgó el transmisor, pero volvió a sonar el timbre en seguida. Y de nuevo se puso al teléfono.

—¿Quién? ¡Ah! ¡Hola, Eduardo! Sube. Estrella está acabando de arreglarse. Yo ya estoy. Sí, hombre, sí; puedes subir.

Entretanto, Estrella se arreglaba en su habitación.

Estrella de Villalba era una mujer hermosa y todavía en la flor de la vida. Vestía con una elegancia señorial y sería, propia de quien, como ella, prefería pasar inadvertida que llamar la atención de los hombres, pues ya tenía el suyo, su marido, al que se había entregado por entero, en alma y vida.

Precisamente acababa de golpear con los nudillos la puerta de la habitación de su esposa.

—¡Adelante! — dijo Estrella.

Y añadió al ver por el espejo a su marido:

—¿Ya estás, Gabriel?

—Sí, pero...

Se detuvo un momento, como si no se atreviera a seguir. Estrella, con un gesto de desolación, se había vuelto. Sabía muy bien lo que Gabriel iba a decirle.

—¿Te vas?

—Sólo un momento... Yo no contaba con esta comida y he de avisar.

—Telefona.

—¿Para qué, si estaré de vuelta en seguida?

Estrella quedó un momento como abrumada por sus inquietantes sospechas.

De pronto, al oír los pasos de su marido que se dirigía a la puerta, fué hacia él y lo detuvo.

—Gabriel... ¿me quieres?

El sonrió.

—¿No sabes que sí?

—A ratos se me olvida.

Y en un beso de condolida súplica, añadió:

—No me vayas a dejar sola también esta noche, que es la última del año.

—No, mujer.

—¿Comeremos las uvas juntos para tener doce meses de felicidad?

—Doce son pocos.

Trataba de mostrarse cariñoso, pero Estrella pudo comprobar que se esforzaba en ocultar alguna preocupación.

Y entonces repuso:

—¿Te parecen pocos doce meses? Contentémonos con ellos, por lo pronto. Ya pediremos más... Anda. No tardes.

—No. Hasta ahora.

Salió Gabriel y bajó ligeramente la escalera.

Al pie de ella, se encontró con Eduardo, que en aquel momento se disponía a subir, después de haber hablado por teléfono con Fernanda.

—¡Hola, Eduardo!

—¡Hola! ¿Te vas? ¿No comes con nosotros?

—Sí, pero es que... tengo que hacer una cosa urgente. No tardo. De todos modos, por si acaso, no me esperéis... Tú las acompañas, ¿eh?

—Bueno, hombre. No es la primera vez.

—Perdona que...

—¡Nada, hombre! Encantado. Por mí no te detengas.

—Gracias. Hasta ahora.

—Adiós.

Gabriel cruzó el gran vestíbulo a paso ligero.

Eduardo le estuvo mirando un instante y después se fué escaleras arriba.

## II

Aun estaba Estrella absorta en sus pensamientos cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién? — preguntó, saliendo del fondo de sus preocupaciones.



—Soy yo: Eduardo.

—Puedes entrar.

La puerta se abrió. Eduardo tendió la mano a Estrella.

—¡Feliz año nuevo!

—Igualmente, Eduardo... ¿Has visto a Gabriel? Acaba de salir.

—Sí. Ya me ha dicho que os acompañe si...

Se detuvo, dándose cuenta de que se había ido de la lengua, pero era ya demasiado tarde. Estrella terminó la frase.

—... si no viene a comer.

—Claro... Pero...

No sabía qué decir. Por otra parte, era inútil. Estrella no le escuchaba. Había vuelto a dejarse dominar por la preocupación.

Se acercó a ella.

—Estrella...

—¿Qué?

—¿Te ha disgustado que Gabriel?

Estrella lanzó una risita llena de insinceridad.

—Me haces reír.

Y en el mismo tono de falsa despreocupación, inquirió:

—¿Me prometes decirme la verdad?

—Nunca prometo decir una verdad sin saber antes cuál va a ser.

—Si supieras alguna vez algo... de algo... ¿me lo dirías?

—Me temo que no.

—No vayas a figurarte que me refiero a algo del otro mundo.

—Ya sé que es de este mundo... En fin, ¿qué te sucede? ¿Te molesta que tu marido quiera ganar medio millón al año?...

Ella sonrió incrédulamente. Sabía muy bien que las ausencias de Gabriel no tenían ese motivo. Y había que Eduardo no creía en lo que estaba diciendo.

—Hasta ahora no había pensado más que en gastar. Evidentemente, Gabriel no es el mismo: me lo han cambiado.

En este momento entró Fernanda y lanzó una jovial exclamación:

—¡Hola!

—¡Feliz año nuevo! — dijo Eduardo.

Pero Fernanda no estaba en aquel momento para felicitaciones. Lo cogió de un brazo.

—Oye. He de decirte algo en secreto.

Estrella volvió al tocador, que estaba a dos pasos. Entonces Fernanda dijo en voz lo bastante alta para que su hermana la oyera:

—Oye, Eduardo, me vas a per-

donar. He invitado de parte tuya a Carlos Alceda.

—¿De parte mía? — preguntó Eduardo, sorprendido.

—¡Claro! A tí te corresponde. Le he dicho que tenías mucho interés en que viniera. ¿He hecho mal?

—No, mujer. Has hecho perfectamente.

Y preguntó en tono jovial:

—¿Tú crees que se decidirá esta noche?

—A mí me parece que sí; pero de cierto no me atrevo a decirlo.

Y rectificó con sorprendente volubilidad:

—Pero esta noche estoy decidiendo a que se declare.

—Bueno, hasta ya — protestó Estrella—. ¡Vaya un secreto largo! ¿Qué pasa?

—Mujer, como pasar — repuso Fernanda—, no pasa nada, pero...

—Pero... — repitió Eduardo.

—Calla — le atajó Fernanda—. No se lo digas.

—Punto en boca.

—¿Pero qué hacemos aquí? ¿Esperamos a alguien?

—Por mí, a nadie — repuso Estrella.

Y Fernanda preguntó:

—¿Qué hora es?

—Hay tiempo — contestóle Eduardo—. No son más que las siete.

—¡Jesús, qué año más largo! — exclamó Fernanda, pensando que había citado a Carlos para las siete y media.

—Bueno, ¿vamos? — preguntó el caballero.

—Vamos.

—Vamos.

Las dos damas se cogieron cada una de un brazo de Eduardo y así salieron los tres de la habitación.

III

Se reunieron con tres amigos, dos damas y un caballero, y los seis se sentaron a una misma mesa.

Al lado de Fernanda había una silla vacía: era la que le guardaba a Carlos.

Estrella continuaba un poco ausente. Sus preocupaciones le absorbían.

—¿No bebes?—le preguntó una de las damas, señalando su copa de champaña todavía llena.

—¿Para qué? No tengo nada que olvidar.

—Pues bebe, como yo, para recordar.

—¿Así andamos? — preguntó Eduardo irónicamente—. Yo te creía en la luna de miel del divorcio.

—Y encantada, chico — repuso con desenvoltura la divorciada—.

El divorcio es la fase más agradable del matrimonio.

La otra amiga preguntó entonces:

—¿Y tú, cuando, Estrella?

—¿Yo? Nunca. El divorcio me parece un buen remedio para... los demás.

—Pero... ¿y el día que te canses de Gabriel?

—El cansancio no entra en mis cálculos. El matrimonio no es una excursión a la sierra.

—Además — intervino Eduardo—, no hay caso. La felicidad de esta pareja resulta casi insultante.

—¡Hija — exclamó la divorciada—, acabarán haciéndote una estatua! ¿Cuántos años lleváis casados?

—Cinco.

—¡Oh!



—¡Es un record! — exclamó el joven que acompañaba a la divorciada.

—Pues yo con cinco años no tengo ni para empezar — declaró Estrella con una firmeza que en aquellos momentos resultaba heroica y admirable.

Llegó Carlos. Un poco descompuesto, a pesar de que Fernanda no le miraba, saludó a todos y se sentó al lado de la joven.

La conversación continuó en el mismo frívolo tono que se había iniciado.

La cena. Estrella no cesaba de mirar disimuladamente el reloj del hotel.

La sobremesa, larga y animada por parte de todos, menos por ella.

Algunos números de variedades para entretener a los que esperaban las campanadas de las doce.

Y Estrella había ido haciendo concesiones a sus esperanzas. Primero se dijo: "Llegará antes de la cena". Después: "Llegará a la hora del café". Más tarde: "Sin duda lo habrá dejado para la hora de las uvas".

Pero Gabriel no llegaba. Y Estrella tuvo que abandonar en

parte sus ilusiones al oír que el "regisseur" anunciaba:

—"*Mesdames et messieurs: trois minutes avant minuit. Nous allons entendre par radio les choches de l'église de Notre Dame.*"

Algazara general. Veinte voces pedían las uvas al mismo tiempo. Los camareros se veían y deseaban para poder servir a cada cliente su plato de uvas.

Estrella, vencida al fin por la angustia y la desesperanza, no prestaba atención a la alegría que vibraba en torno suyo. Sólo tenía pensamientos para Gabriel y ojos para devorar la puerta con la mirada.

—"*Plus qu'une minute*" — anunció el "regisseur".

Y pasaba aquel minuto y Estrella permanecía absorta, con una copa de champaña en la mano, cuando todos esperaban las campanadas de las doce con el plato de uvas preparadas.

—Las uvas, Estrella — dijo Eduardo, quitándole la copa y entregándole el plato.

—¡Ah, sí!

—"*Attention!*" — gritó el "regisseur".

Y se produjo un profundo silencio.

Todos esperaban atentamente las doce campanadas. Todos menos Estrella, a la que el cambio de la copa por el plato no había hecho cambiar de actitud.

La primera campanada fué como el anuncio de que podía reanudarse la algazara.

Todas las manos buscaron el primer grano de uva en el plato. Y el segundo. Y el tercero... Pero no todos tenían el don de amoldar sus movimientos a las campanadas de un reloj, y mientras unos se adelantaban, otros operaban con retraso, sin contar los que se equivocaban y cogían dos granos por uno.

Los que han tomado parte en una de estas fiestas de año nuevo, saben muy bien lo difícil que es eso que tan sencillo parece y la hilaridad que produce.

Así ocurrió en el comedor de

aquel hotel parisiense, donde el exceso de público contribuyó a enredar más las cosas, impidiendo, con sus gritos y risas, que se oyeran todas las campanadas.

Estrella permanecía aislada en el bullicio. Por su mirada pensativa pasaba una sombra de desolación y desencanto.

Pero de súbito se animaron aquellos ojos y vibró aquel cuerpo. Una lágrima de emoción se rompió en las bellas pestañas. Estrella se había puesto en pie.

—¡Gabriel! ¡Por fin!

En efecto, el marido llegaba. Se abrió paso a codazos entre la apiñada multitud.

—¡Gabriel! ¡Gabriel!

Fué a su encuentro. Y cuando lo tuvo al alcance de sus brazos, se los echó al cuello.

Fué un impulso espontáneo, surgido de lo más hondo de su alma que no pudo ni quiso reprimir.



## IV

Aun llegó a tiempo Gabriel de beberse una copa de champaña y brindar con Estrella después de las uvas.

Bailaron los esposos. Estrella se sentía feliz. Y más feliz era aún Fernanda, que había logrado al fin que Carlos, en la intimidad de un saloncito solitario y animado por las libaciones de champaña, le hiciera la anhelada declaración, a la que siguieron vivas demostraciones de amor apasionado por ambas partes.

Estrella y Gabriel llegaron al bar.

—¡Qué contenta estoy de que hayas venido! — dijo ella—. Ahora empiezo a divertirme.

—¿Qué?

La pregunta era prueba evidente de que no la escuchaba. De otro mo-

do, ¿cómo habría podido no oír las palabras pronunciadas por Estrella a un palmo de su oído?

La enamorada esposa sonrió, indulgente.

—Basta de preocupaciones, Gabriel. Esta noche se acabaron los negocios. Has bailado el tango pensando en las cotizaciones del trigo argentino.

—No exageres—repuso Gabriel con una sonrisa forzada.

—Oye: ¿sabes lo que ha propuesto Eduardo?

—¿Qué?

—Que al salir de aquí demos una vuelta por Montparnasse. Hoy estará divertidísimo. ¿No te parece?

—Sí... claro... pero...

Aquella duda fué como una puñalada para el corazón de Estrella.

Una sospecha había caldo en su alma, sombría y abrumadora.

—¿Qué? ¡Habla!

—Pues que he de marcharme.

—¿Otra vez?

—Sí... De viaje.

—¿Adónde?

—A Biarritz... Mañana tenemos consejo.

—Te acompaño.

—¿Para qué? —replicó Gabriel rápidamente—. Basta con que yo me sacrifique... Quédate... Esto está muy animado...

Y advirtiéndole que esta vez no había adoptado Estrella la habitual actitud de indulgencia, suplicó:

—¿Me perdonas, verdad? Estaré de vuelta muy pronto. Quizás ca-

ta misma semana... ¿Por qué pones esa cara? No quiero verte triste.

—No pretenderás que me vuelva loca de contenta —repuso Estrella secamente.

—¿Es que se te ha olvidado ser razonable?... ¡Vaya! Despideme de tu hermana y de todos... Voy a cambiarme de ropa... Adiós.

—Adiós.

Y Estrella se quedó perpleja, aplastada por su confusión espiritual, a merced de mil sospechas a las que, con un movimiento desesperado de su alma, lograba de momento alejar de sí para volver en seguida a sentirse dominada por ellas.

Sólo su gran amor lograba dar a su espíritu un poco de luz y un poco de fe.

\* \* \*

El criado, cargado con los útiles de golf, se presentó a Gabriel.

—Estoy listo, señor.

—Bien. Avisa al chofer y espérame en el auto.

Apenas hubo salido el criado, se

presentó Estrella en la habitación, cuando ya Gabriel se dirigía a la puerta.

—Pero ¿de veras te marchas?

—¡Claro!

—¡No te vayas!

Había una súplica desesperada en aquellas palabras.

A Gabriel le fué difícil disimular su impaciencia.

—¿Mimos a estas horas? — preguntó con cierta aspereza.

—¿Y si lo fueran? ¿No vale nada mi deseo o mi capricho?

—Mucho... Pero hoy...

—¡Está bien!

—¿Te enfadas?

—¡Algo más!

Hizo una pausa y añadió con firmeza:

—Hablemos en serio, Gabriel.

—Ahora no puede ser... Me espera el gerente de la Compañía — repuso Gabriel, impaciente.

—¿El gerente?

—Sí.

—¿Por qué no le has traído esta noche a casa con nosotros?

—Porque... ¿cómo te diré yo? Porque... porque es un hombre...

—¡Porque es una mujer!

—¿Qué dices?

—Gabriel, no te rebajes ni me rebajes con montiras inútiles y absurdas.

—Pero ¿qué te figuras?

Entonces Estrella le miró fijamente y repuso:

—En tu vida, desde hace algún tiempo, hay una mujer.

Gabriel se estremeció.

—¿Qué locura! ¿Quién te ha dicho eso?

—Tú.

—¿Yo?

—Sí... A cada instante... Con tu impaciencia, con tu inquietud, con tu alegría extraña...

—Cábalas sin fundamento.

—¿Sin fundamento? ¿Dices sin fundamento? ¡Vámonos de aquí! A Madrid... a casa... o adonde quieras... Ahora mismo.

—No puede ser...

—¿Por qué no?

—Porque es una locura... Ahora precisamente, no.

—Ya... "Ahora, precisamente..." Comprendo... El ansia desmedida de ganar dinero para ella, ¿verdad? Para mí no hacía falta... Para ponerme loca de contento bastaba regalarme un ramo de violetas... A ella, el ramito de violetas hay que dárselo envuelto en un cheque.

—¡Estrella!

—¡Es verdad, es verdad, es verdad!... No me mientas, ¡que es el mayor agravio! ¡No me mientas!

—No, puesto que ya lo sabes.

—¡No!



Y Estrella, destrozada el alma, se desplomó en un sillón.

Muy enérgicas eran sus acusaciones, pero en el fondo de su corazón quedaba un rayo de esperanza. Esperaba y anhelaba que Gabriel siguiera desmintiendo sus afirmaciones.

Pero era verdad; todo estaba perdido. Sentía como si le hubieran arrancado el corazón de un zarpazo.

Gabriel, un tanto arrepentido de su rudeza, trató de justificarse.

—A una mujer cualquiera se le engaña... A ti, porque te quiero, ¡no te debo mentir! Perdóname...

Hubo una pausa. Por fin Estrella pareció volver a la vida.

—Está bien... No te digo: elige entre las dos... ¡Ya has elegido, y buen provecho te haga! Te digo: entre tú y yo ha terminado todo.

—¡Estrella!

—No me resigno, me someto... ¡Hemos terminado!

—Escucha...

—¡Hemos terminado!

Gabriel permaneció un momento inmóvil. Después se encogió de hombros y se marchó.

A los pocos momentos entró Fernanda, loca de alegría.

—¡Estrella! ¡Estrella! ¡Me quiere! ¡Me le ha dicho!... Mañana vendrá a hablar contigo. Está abajo esperándome. ¡Ay, Estrella, qué feliz soy! De repente, todo cambia en el mundo, ¿verdad?

—¡Todo!

Ante el tono desesperado y el rostro angustiado de Estrella, Fernanda se alarmó.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

Estrella sonrió amargamente.

—Nada, nada. Tienes razón... ¡Sé feliz! ¡Sé feliz! Es tu hora... Anda, te está esperando.

Y mientras sus palabras destilaban amargura, sus ojos empezaron a destilar las primeras lágrimas.

## V

La casa del matrimonio Villalba en Madrid era magnífica, un palacio en el paseo del Cisne.

Una legión de criados, magníficos salones decorados con un gusto señorial y severo.

Aquel día reinaba gran agitación en el palacio. Los criados iban de un lado a otro como si esperaran algo con impaciencia. En el gran salón un fotógrafo, con la cabeza metido debajo del paño negro, tomaba medidas y estudiaba la luz.

De pronto, entró una criada corriendo.

—¡Ya vienen! ¡Ya están aquí!

Y dió tal tropezón a la máquina, que ésta estuvo a punto de rodar por el suelo.

—¡Cuidado! — protestó el fotógrafo.

Desapareció esta sirvienta y apareció otra dando voces:

—¡Antonio! ¡Antonio!

—¡Voy!

Antonio hizo lo mismo. Comenzó a llamar a otros criados y por fin todos estuvieron reunidos en el vestíbulo formando una doble fila ante la puerta.

Un auto se detuvo y entraron Fernanda y Carlos vestidos con las galas de los recién casados.

Una lluvia de felicitaciones por parte de la servidumbre.

—Enhorabuena, señorito. Felicidades, señorita...

—Gracias, gracias.

—Que sean muy felices... Que Dios les dé mucha salud.

—Gracias.

Y Fernanda tiró del brazo de su marido.



—Vamos. Se nos va a hacer tarde para el tren.

—El fotógrafo espera a los señoritos — dijo entonces Antonio.

—¡Ah, sí! Vamos.

El fotógrafo les felicitó también muy ceremonioso.

—Gracias — repuso Carlos con un gesto de cansancio.

Y Fernanda le apremió:

—Haga el favor de darse prisa, que tenemos el tiempo justo.

—¡Bah! — repuso el fotógrafo. —El expreso de Andalucía no sale hasta las ocho y veinte. Siempre hay tiempo de hacer el retrato. Ya tengo costumbre.

Fernanda ya se había sentado en el sillón que el fotógrafo tenía ya preparado.

Este la hizo levantar.

—No. Usted de pie y don Carlos sentado.

—¿Yo de pie?

—Sí. Con el brazo apoyado en el sillón.

—¿No puedo estar yo sentada y él de pie?

—¡Imposible! Toda la vida las novias se han retratado de pie.

—¡Pues yo quiero estar sentada!

—No puedo consentirlo, señora —dijo el fotógrafo, como si le hu-

bieran herido en su honor. — El que tiene que estar sentado es el novio.

—¿Y no podemos estar los dos sentados?

—¡Eso sería peor aún! ¡Sencillamente monstruoso!

Fernanda se resignó y mientras se dejaba colocar por el fotógrafo, preguntó a Carlos:

—Oye, ¿por qué un retrato de boda tiene que parecer un retrato de boda?

—No sé. Quizá para que se note que es un retrato de boda.

El fotógrafo ya se había echado el paño a la cabeza, y cuando todos esperaban el disparo, vieron que echaba el paño sobre la máquina y gritaba, alarmado:

—¡El ramo! ¡Falta el ramo de la novia!

Se produjo un revuelo más que regular. Todos los criados empezaron a correr a un lado y a otro, gritando:

—¡El ramo! ¡El ramo!

Por fin lo encontraron y se lo entregaron a la novia.

El fotógrafo hizo el disparo y exclamó, triunfante:

—¡Ya está! Mandaré una copia a "Blanco y Negro".

—¿Ya podemos marcharnos?

Y que sea parabién.

—Gracias... Vamos, Carlos.

Tiró del novio, y ya estaban en el vestíbulo cuando Fernanda se encontró con Estrella.

—¿Tú aquí? ¿Por qué has venido? ¿Has dejado a los invitados en el Ritz?

—He querido decirte adiós otra vez.

—Ha estado todo perfectamente, ¿verdad?

—Sí.

—Y Carlos se ha casado muy bien.

—¡Ya lo creo!

—Y eso que ha sido la primera vez — advirtió Carlos.

—Anda, déjate de tonterías — le apremió Fernanda—. Vamos a quitarnos esto si no quieres que perdamos el tren.

Los dos se fueron escaleras arriba. Estrella permaneció en el vestíbulo, sumida en aquella tristeza que no la había abandonado un instante desde el día en que Gabriel se marchara de su lado para no volver.

## VI

—¿Desea alguna cosa, señora de Villalba?

Era el fotógrafo el que había hecho la pregunta, al salir y encontrarse con Estrella.

—No, gracias — repuso ella, a modo de saludo.

Pero el fotógrafo no parecía dispuesto a marcharse.

—No sé si recordará usted que

fui yo quien hice las fotografías de su boda — dijo con el deseo de aparecer amable.

—Sí, recuerdo.

Y añadió mentalmente:

"A pesar mío."

—Su esposo, ¿bien?

Estrella disimuló un gesto de amargura.

—Sí, gracias.

—Salió un poco movido, pero es un perfecto caballero.

Y añadió, haciendo una reverencia:

—Pasado mañana estarán las pruebas.

—Muy bien.

—Buenas tardes y enhorabuena.

—Buenas tardes.

A los pocos momentos de marcharse el fotógrafo, bajaron los recién casados.

Fernanda iba diciendo a Carlos.

—¡El maletín! ¿Dónde hemos dejado el maletín? ¡Ah, lo llevas tú! ¡Cuidado no lo pierdas!

—¡Qué cosas dices!

—Bueno — dijo Fernanda, dirigiéndose a Estrella —. Volvemos de Granada dentro de quince días, te recogemos...

—Ya te he dicho que...

Pero Fernanda no la dejó acabar.

—Está decidido. Vienes con nosotros a la Costa Azul, a Venecia...

—¿Pero no comprendes?...

—Te prometemos no ponernos demasiado empalagosos... No vas a pasar el verano como estos últimos meses, sin ir a ninguna parte... Se acabó... Vida nueva para todos...

Y añadió con tristeza:

—¡Me da mucha pena irme!

—Como tardes un poco más en despedirte — le advirtió Carlos —, perdemos el tren.

—Bueno, vamos.

Se abrazó a su hermana.

—Adiós, Estrella.

—Adiós.

Fué un abrazo largo y apretado. Después, viendo Fernanda que los ojos de Estrella estaban llenos de lágrimas, exclamó:

—¡Qué tonta eres! ¿Pues no estás llorando?

Y Fernanda apenas pudo pronunciar estas palabras, porque la ahogaban los sollozos.

Carlos la cogió del brazo.

—No te digo nada, Estrella.

—Mejor — exclamó Fernanda.

—Así terminaremos antes. ¡Adiós, adiós!

—Adiós. Buen viaje.

Y se alejó el auto y con él los felices novios.

\* \* \*

Un hotel en Venecia.

Estrella, que sabía perfectamente el italiano, se encargó de hablar con el conserje.

Pidió las habitaciones y le ofrecieron el libro para firmar.

Estrella escribió su nombre. De pronto, vió algo que la hizo empalidecer. Tal fué su impresión, que Fernanda se dió cuenta.

—¿Qué ocurre?

—Mira. El está aquí... y con "ella".

Y Estrella señalaba una línea donde Fernanda leyó:

"Gabriel Villalba y esposa."

—¡Vámonos! — dijo Fernanda.

Pero Estrella repuso con firmeza:

—¿Por qué? Parecería una huida. Yo no tengo por qué huir.

Y escribió su nombre en el registro.



VII

—¿Todavía estás así? —preguntó Gabriel, entrando en la habitación de Laura.

Esta se hallaba ante su cama, la cual aparecía materialmente cubierta de vestidos.

—¡Claro que estoy así! Ya sabes que no tengo vestido para esta hora.

Gabriel dirigió una mirada de sorpresa a aquella especie de tienda de modas en que el lecho se había convertido.

—No crees así, que tú no entiendes nada de vestidos. Mira. Al pijama azul ya te dije que le hacían falta unos zapatos; al rojo, un sombrero que haga juego... ¿Tú crees que con comprar un traje ya está todo?

Gabriel se aventuró a señalar uno de los más bonitos trajes de

playa que vió entre el informe montón de vestidos.

—¿Y ese? No tienes zapatos, bolsa y sombrero del mismo color?

—Sí, pero no tengo ningún collar que le vaya.

—¿Y un traje de baño?

—Ya me ha visto todo el mundo los siete que tengo. Me da vergüenza presentarme en la playa con un traje de baño que se sepan de memoria hasta los peces.

Gabriel empleaba el tono más paciente y mesurado. En cambio, Laura iba de la entonación patética al aire de desesperación.

—¡Si no vamos a la playa! —le recordó Gabriel—. Nos quedamos en la piscina del hotel.

—¡Claro! ¡El caso es no salir! No vamos nunca a ningún sitio.

—¿Qué dices, mujer?



—Pues eso. La playa... la piscina... algún teatro... algún "dancing"... alguna que otra excursión... y al hotel.

Gabriel acabó por perder la paciencia.

—Entonces, ¿no vienes?

A ella le dió de pronto por ponerse mimosa.

—No, anda tú. ¿Si estás deseando marcharte solo?

—¿Yo?

—Sí, hombre, sí — dijo Laura con sarcasmo—. Se ve a la legua.

—Bueno, hasta luego.

Y Gabriel, exasperado, abrió la puerta y desapareció tras ella.

\* \* \*

Estrella, sentada a un velador junto al borde de la piscina, contemplaba con mirada distraída a aquella juventud bulliciosa que nadaba, se lanzaba desde el palanquín en magníficos saltos y, con sus juegos y sus risas, ponía en el ambiente una nota de alegría que contrastaba con aquella pesadumbre que era ya el alimento habitual de su alma.

—¿Te aburres? — preguntó de súbito una voz a su lado.

—¿Eh?

Había levantado la cabeza y había fijado en Fernanda una mirada de sorpresa e incomprensión.

Fué preciso repetir la pregunta. Entonces repuso:

—Nada de eso. Me basta con que os divirtáis vosotros.

—Hoy debe de estar el agua muy fría — dijo Fernanda a Carlos.

—Sí, como un caldo.

—¿Apuestas algo?

—Lo que quieras.

—Un cachete.

—Conformes.

—Vamos a ver si está caliente o fría.

—Vamos.

Se quitaron el albornoz y se lanzaron al agua.

Estrella sonrió al ver que continuaban la discusión apenas sacaron la cabeza.

Al mismo tiempo, Laura, vestida

con su pijama más llamativo y acompañada de "Lindbergh", no del aviador, sino de un perrito al que había puesto tal nombre, apareció en el bar inmediato a la piscina.

Se sentó en la mesa más próxima a la que ocupaba Estrella y comenzó a hojear una revista.

De súbito, el chuchito, que, como la mayoría de los individuos de su especie, estaba bastante mal educado, se acercó a Estrella y empezó a olfatearle los zapatos.

Al darse cuenta de ello, Laura cerró la revista y dió un grito al audaz.

—¡"Lindbergh", ven aquí!

Había pronunciado estas palabras en español allí donde todo el mundo hablaba italiano.

Y en el mismo idioma dijo Estrella:

—Déjelo. No molesta.

—¡Ah! — exclamó Laura—. ¿Es usted española?

—Sí.

—Mi marido también es español.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, señora.

Y como Laura no podía estar callada mucho tiempo, no dejó que se enfriara la conversación.

—¿Lleva usted muchos días aquí? — preguntó—. No creo haberla visto antes.

—He llegado hoy.

—Ya decía yo... ¿Por mucho tiempo?

—Por unos días.

—Sobra. Este año está esto aburridísimo.

Y la conversación se prolongó en este tono de cordialidad.

## IX

Gabriel dió un rodeo por el otro lado de la piscina, subió al palanquín y se lanzó al agua con un salto perfecto.

Buceando, cruzó toda la piscina, y cuando asomó la cabeza se encontró ante Fernanda y Carlos, que estaban sentados en el borde, descansando.

Se quedó como el que ve visiones.

Fernanda exclamó:

—¡Hola! ¿Tú aquí?

—Sí... Pasando unos días...

Y preguntó a Carlos:

—¿También tú has venido?

Carlos repuso fríamente:

—Sí.

Fernanda explicó:

—Estando yo, es natural que esté él. Nos hemos casado.

—¡Ah! ¿Sí? Enhorabuena.

—Gracias.

Hubo una pausa. Gabriel quería preguntar algo y al fin se decidió:

—¿Habéis venido solos?

—No — repuso Fernanda, segura del efecto que sus palabras iban a producir—. Estrella ha venido con nosotros. Está por ahí...

Estas palabras produjeron un efecto inmediato. Gabriel dió un salto, hizo una pirueta y desapareció debajo del agua.

\* \* \*

—¡Mira qué preciosidad de gón-dola! — exclamó Laura.

Gabriel no contestó. Estaba distraído. Desde que se habían senta-

do en aquella terraza situada al borde de un canal, Laura no había conseguido arrancarle una palabra.

—¿Qué te pasa, hombre? — preguntó ella.

—¿Por qué?

—Ni siquiera sabes lo que te he dicho.

—Es que estaba pensando.

—¿En qué?

Y Gabriel repuso evasivamente:

—En nada.

—Pues sí que estamos divertidos. Tú pensando en nada y yo sin tener nada en que pensar. ¡Vaya una diversión!

—¿Es que no te diviertes?

—Ni pizca. En toda la noche no he hablado más que con el camarero para recomendarle que echase más sopa en el plato y menos en el vestido.

Pero Gabriel ya no la escuchaba. Había vuelto a sumirse en sus preocupaciones.

En otra mesa estaban sentados los recién casados y Estrella.

Había empezado a sonar la música.

—¿Bailamos, Fernanda? — preguntó Carlos.

—Sí.

Y se disculpó, dirigiéndose a Estrella:

—Perdona.

—Es verdad — exclamó Carlos.

—Perdona, Estrella.

—No tengo nada que perdonar. Una de las condiciones que puse para realizar este viaje, fué: "Independencia y tango libre".

Salieron a bailar los recién casados. Entonces Laura vió a Estrella. Gabriel no la podía ver porque estaba de espaldas.

—Perdona un momento, Gabriel — dijo, levantándose.

Y se fué derechamente a la mesa donde Estrella estaba sentada.

—¡Qué sorpresa tan agradable! — exclamó.

—Muy buenas noches — repuso Estrella.

—No pensaba encontrarla aquí. Es una fiesta maravillosa, ¿no cree usted?

La fiesta, consistente en un simple desfile de góndolas engalanadas, no tenía nada de maravillosa, pero Estrella no quiso contradecir a su amable y entusiasta amiga de hacia unas horas.

—En efecto — repuso.

—¿Por qué no viene usted a to-



mar una copa de champaña con nosotros? — la invitó Laura.

—¿Con ustedes?

—Con mi marido y conmigo. Quedará encantado de conocerla.

—¿Ah, bien! Con mucho gusto.

Se levantó. Laura la condujo a la mesa donde Gabriel continuaba sentado de espaldas.

Estrella le reconoció, pero no pudo volverse atrás, pues ya le había dado Laura un golpecito en el hombro.

—¡Gabriel!

Y cuando éste se volvió, Laura hizo las presentaciones.

—Mi marido... La señora de...

—Viuda — dijo Estrella con súbita inspiración.

—¿Viuda? ¡Qué lástima!

Estrella tendió la mano a Gabriel.

—Mucho gusto en conocerle...

Gabriel estaba tan confundido que estrechó la mano de Estrella sin saber qué decirle.

Al ver a su mujer tan inopinadamente, se había puesto en pie con un movimiento convulsivo. Trató de sonreír, pero sólo consiguió hacer una mueca, como si hubiera dado un mordisco a un limón.

Fué entonces cuando Estrella se propuso confundirlo más, y recordando su sangre fría, le tendió la mano.

—¿No se sienta usted? — preguntó Laura.

—Sí, gracias — repuso Estrella con una decisión que cayó como una bomba en el alma de Gabriel.

Y dicho y hecho, tomó asiento al lado izquierdo de su marido, mientras Laura se sentaba al otro.

X

—Sirve champaña, encanto—dijo Laura a Gabriel, que estaba en el conflicto de no saber qué hacer con las manos.

—¡Ah, sí! Perdonen.

Gabriel empezó por llenar su copa. Se dió cuenta en seguida de la incorrección, pero ya era demasiado tarde para rectificar.

Le temblaba el pulso. Echó un chorro de champaña fuera de la copa.

Estrella estaba muy satisfecha del aturdimiento de Gabriel.

—Veo que están ustedes en plena luna de miel — insinuó con una sonrisa que Gabriel interpretó perfectamente—. Y por eso han venido ustedes a Italia, que es el país de los enamorados.

—Fue idea mía — dijo Laura. —Y como Gabriel no me niega nunca nada.

Se volvió a Gabriel y le preguntó:

—¿Verdad?

—¡Oh! — repuso Villalba, sin saber qué decir.

—A mí tampoco me negaba nada mi marido — declaró Estrella. —Pero en el viaje de novios no conseguí hacerlo pasar de Zaragoza.

—¿Y de qué murió su marido? — preguntó Laura.

—¡Mujer! — intervino Gabriel. —No hagas esas preguntas.

—¿Por qué no ha de preguntar? — replicó Estrella, más divertida que unas Pascuas—. Murió de exceso de trabajo. Era hombre de negocios. No descansaba.

Miró a Gabriel de reojo y vió que empezaba a sudar.

Suspiró, soñadora.



—No me vayas a dejarsola también esta noche, que es la última del año.



Las dos damas se cogieron cada una de un brazo de Eduardo...



... y se sentó al lado de la joven.



Aun llegó a tiempo Gabriel de beberse una copa de champaña...





...siguieron vivas demostraciones de amor apasionado por ambas partes.



—Pero ¿de veras te marchas?



—Adiós, Estrella.



—¡Mira qué precisión de góndola!



—¿Crees que no me he dado cuenta de que te gusta la viudita?



—¿Quiere el señor tomar algo?



—... Traeme un te bien cargadito...



—... ¿Por qué gritas?





—¿Entervius a estas horas?...



—Fernandita, te estás haciendo un lío...



—¿Adónde vas?



—Ahora seré otro hombre, te lo prometo.

—¡Ay! Su último negocio me lo arrebató para siempre.

Preguntó a Gabriel de buenas a primeras:

—¿Y usted no se ocupa de nada?

—No.

—Sí — rectificó Laura—. Se ocupa de mí.

—Enhorabuena.

En este momento, Fernanda descubrió a Estrella en compañía de Gabriel y de la "otra".

—¡Oh, mira!

—¿Qué?

Carlos se volvió. Al ver el cuadro lanzó una exclamación de asombro.

—¿Qué va a pasar? — preguntó Fernanda.

Y Carlos contestó gravemente:

—Eso ya lo contarán los periódicos.

Entre Estrella y Laura la conversación se animaba por momentos.

—Figúrese que Gabriel quería que nos hubiésemos ido de Venecia hoy mismo. Esta tarde decía que esto era un paraíso. ¡Esta noche le parecía el paraíso poco menos que un infierno! Después dicen que las mujeres somos volubles.

—Hubiera sido una pena que se

hubieran marchado. No habría podido tener el gusto de conocer un matrimonio tan perfecto... Son ustedes el uno para el otro.

—¿Verdad que sí? — exclamó Laura, dirigiendo a Gabriel una mirada mimosa.

Gabriel sintió que una ola de fuego subía a su rostro y cogió la botella, no encontrando cosa mejor que hacer.

—¿Más champaña? — preguntó a Laura.

—Bueno.

Llenó las copas, bebieron...

Un violinista de la orquesta se acercó a dedicarles una composición.

Cuando hubo terminado, Gabriel le dió distraídamente un billete. Al violinista debió de parecerle poco, porque apenas dió las gracias.

Laura reprochó a Gabriel:

—Como siempre, le habrás dado una miseria.

Y Gabriel, harto ya de aquella situación insostenible, estalló al fin:

—¡Le he dado lo que me ha parecido!

—Podías guardar tus tacañerías para cuando vayas solo. ¿Qué dirá esta señora?

—¡Laura! — gritó Gabriel, amenazador.

Y ella repuso con aquel maldito arte que tenía para exasperar a Gabriel:

—¡Anda! Saca el genio ahora, para que todo el mundo se entere de lo insoportable que eres.

Gabriel se levantó y dijo imperativamente:

—¡Vámonos!

—Perdone usted — dijo Laura a Estrella, levantándose.

Y Estrella repuso, sin mentir:

—¡Por Dios! Si estoy encantada.

Y cuando el matrimonio se hubo marchado, Estrella fué a reunirse con Carlos y su hermana.

## XI

Tomaron una góndola para que los llevara al hotel.

Fernanda preguntó a su hermana con evidente preocupación:

—Cuéntame. ¿Qué pasa?

—Nada. No pasa nada. Me voy de Venecia esta misma noche.

Había en las palabras de Estrella una emoción inocultable.

—¿Te vas? — preguntó Fernanda.

—Sí.

—Querrás decir que nos vamos.

—¿Por qué? Vosotros podéis continuar el viaje.

—Como comprenderás, no voy a dejarte sola.

Y Estrella exclamó, angustiada:

—¡Es verdad! ¡No me dejes!

Entretanto, en las habitaciones de Gabriel y de Laura se desarro-



había una escena de muy distinta índole.

El gritaba, furioso:

—¡No volverás a ponerme en ridículo!

—¿Yo? — replicó Laura, en el colmo del asombro—. ¿Que te he puesto yo en ridículo?

—¡Sí, tú! ¡Y precisamente delante de esa señora!

Entonces Laura sonrió sarcásticamente.

—Ahora comprendo. ¿Crees que no lo he notado?

—¿Qué dices?

—¡Sí, hazte el tonto!

—¿Yo?

—¿Crees que no me he dado cuenta de que te gusta la viudita?... Te la comías con los ojos cuando ella no miraba... Te has pasado la noche haciéndote el interesante.

—¡Bah!

Y Laura, cada vez más temiblemente exasperada, exclamó:

—Quisiera saber por quién me has tomado. No te figures que vas a ponerme en ridículo de este modo... Te has creído que soy tonta y que no me doy cuenta de las cosas... Pero no te hagas ilusiones, que no la vuelves a ver... Mañana mismo nos vamos de este charco. Porque Venecia no es más que un charco. Mañana mismo... ¿me oyes?

Pero Gabriel no la oía, no la podía oír. Laura, mientras hablaba, había entrado en su dormitorio, dejando a Gabriel en la antecámara.

Y Gabriel, que estaba deseando marcharse, aprovechó esta oportunidad y pasó a su habitación y de ésta al pesillo.

\* \* \*

Carlos entró en la habitación de Estrella.

—¿Tienes preparado ya tu equipaje? — le preguntó.

—Sí.

—Entonces, ¿no nos mudamos de ropa?

—Nos mudaremos en el otro hotel... en cualquier parte... El caso es marcharnos.

Se marchó Carlos. Momentos después la puerta volvía a abrirse y entraba Gabriel.

Estrella se estremeció al verle.

—¿Tú?

—Estrella — dijo Gabriel en tono suplicante—. Quiero explicarte...

Ella le atajó con frialdad:

—No hace falta. Lo que he visto no necesita explicación.

—Por lo menos, quiero que sepas...

—¿Qué?

Pero Gabriel no pudo explicar nada. En aquel momento se abrió la puerta y entró Laura.

Al verlos se detuvo en medio de la habitación. En sus labios campeaba una sonrisa siniestra.

—Ya sabía yo que estarías aquí —dijo a Gabriel amenazadoramente...

—¿Laura!

Había en este grito una mezcla de dureza y censura.

Pero Laura, sin hacerle el menor caso, se encaró con Estrella.

—¿Y usted haga el favor de dejar en paz a mi marido!

Estrella hizo cuanto pudo para conservar la calma y repuso con una sonrisa:

—Hace tiempo que lo he dejado en paz... Pero sufre usted un pequeño error: que no es su marido.

—¿Usted qué sabe!

—Lo sé, porque es el mío.

Laura empalideció. ¿Sería posible que ella, sin saberlo, hubiera llevado a Gabriel a los brazos de su esposa, a aquellos mismos brazos de los que tanto trabajo le costó arrancarle?

—¿Es ésta tu mujer? — preguntó a su amante.

—Lo he sido — repuso Estrella.

—¿Contesta! — dijo Laura a Gabriel.

Pero él guardaba un obstinado silencio, silencio que Laura, certamente, interpretó como una respuesta afirmativa.

Entonces exclamó trágicamente:

—¡Oh!

Y con una mano en el pecho y la cabeza echada hacia atrás, se dispuso a desmayarse en los brazos de Gabriel.

Pero éste se apartó y Laura, dándose cuenta, se desvió hacia un sillón que vió cerca de ella.

Entonces fué Estrella la que no la dejó desplomarse.

—¡No! No se desmaye usted en ese sillón. Tiene los muelles estropeadísimos.

Y en vista de que ni siquiera la dejaban desmayarse, Laura salió de la habitación hecha una furia.

## XII

Al mismo tiempo que salía Laura, Estrella desapareció por la puerta de su dormitorio.

Y Gabriel se quedó solo en el salón.

Lo primero que hizo fué llamar a Estrella, pero al no obtener contestación, se fué detrás de Laura.

—Oye, Laura—le iba diciendo.—Tenemos que hablar muy seriamente. Hemos de resolver esta cuestión de una vez.

Pero Laura le dió con la puerta de su cuarto en las narices.

Entonces Gabriel golpeó en vano la puerta y por fin se dirigió a su dormitorio.

Inmediatamente se abrió el cuarto de Laura y salió ésta como un rayo.

—Gabriel—llamaba—. ¿Dónde estás, Gabriel?

Al no obtener respuesta ni verle en el saloncito, se dirigió al dormitorio de su amante.

Trató de abrir y, como no pudo, comenzó a golpear la puerta.

—¡Gabriel! ¡Gabriel! ¡Oyeme, Gabriel!

Pero Gabriel estaba muy ocupado hablando por teléfono con el conserje.

—Haga el favor de ponerme en comunicación con el cuarto de la señora de Villalba.

—La señora de Villalba y los señores de Alceda—contestó el conserje—acaban de salir.

—¿No sabe usted adónde han ido? ¿No han dejado ninguna dirección?



—No, ninguna.

Y como durante toda esta conversación Laura no había cesado de golpear la puerta y estos golpes repercutían en el transmisor que em-

puñaba el conserje, éste dijo muy serio al colgar el auricular:

—Que arreglen mañana el teléfono del número 132. Hace un ruido extraño.

\* \* \*

"Estrella Villalba.

"Hotel Ponte Vecchio.

"Firenze.

"Te he buscado en Roma. Quiero verte. Espérame en Florencia.

"Gabriel."

Pero aquel telegrama, en vez de producir el efecto que Gabriel apetecía, tuvo la virtud de hacer que Estrella se pusiera inmediatamente en camino.

"Estrella Villalba.

"Hotel Alberto Vittorio Emanuele.

"Milano.

"Siento no me hayas esperado. Te seguiré hasta que te encuentre. Necesito hablarte.

"Gabriel."

Recibido este despacho, Estrella salió de Milán en dirección a Cannes.

Y allí recibió otro telegrama.

"Estrella Villalba.

"Gran Hotel d'Angleterre.

"Cannes.

"Desesperado no lograr verte. Es indispensable que haya una explicación entre nosotros. Te suplico me esperes en Cannes.

"Gabriel."

Pero tampoco con este telegrama pudo ablandar el ofendido corazón de Estrella, que regresó a Madrid, a su casa del paseo del Cisne.

La prueba de que Gabriel la había seguido la obtuvo días después gracias a una carta que su marido le envió desde el "Palace Hotel", detalle que pudo advertir en el membrete. A esta carta siguió otra y muchas más. La última decía:

"Llevo una semana en Madrid tratando de encontrarte. ¿Por qué no quieres ni siquiera verme? Es-



toy seguro de que si me dejas hablar...

"Esta tarde, a las cinco, iré a casa, a tu casa, a nuestra casa..."

Y Gabriel cumplió lo anunciado en la misiva.

Aquella tarde se presentó en su casa del paseo del Cisne.

Una doncella a la que no conocía le abrió la puerta.

—¿Está la señora?—le preguntó.

—No, señor; no ha llegado todavía.

Y al ver que el visitante entraba en la casa como Pedro por su calle, lo detuvo:

—¿Quiere el señor dejar algún recado?

Gabriel la miró duramente.

—¿Quién es usted?—le preguntó con malos modos.

—¿Qué quién soy? — preguntó la doncella desconcertada por aquel tono.

—Usted no me conoce — exclamó Gabriel impaciente—. Diga a Pedro que venga.

—Pedro no está en casa, señor.

—Bueno, a Marcelina, a Antonio, a quien sea.

—No hay ninguno en casa.

—¿Se han muerto todos?

—Gracias a Dios, no, señor. La señora los ha transmitido a la señorita Fernanda.

—¿Y usted no sabe quién soy?

—No, señor.

—Pues soy el señor.

La doncella hizo un gesto de extrañeza.

—¿Qué señor?

—¿Qué señor ha de ser? El señor, el dueño de esta casa!

—¡Oh!

Esto fué todo lo que se le ocurrió decir a la confundida doncella.

—¿No ha recibido la señora esta mañana una carta mía? — preguntó Gabriel.

—La señora ha recibido varias cartas. Tal vez la del señor fuera una de ellas.

—¿Y ha salido?

—Sí, señor. A las once se marchó al club.

—¿Al club?

—Sí, señor.

—¿Y no ha dicho nada?

—Dijo que volvería a almorzar. Pero después telefoneó diciendo que no vendría hasta las cinco. ¿Quiere el señor esperar? No puede tardar.

Gabriel, sin contestarle, se ha-

hía dirigido al salón y miraba a su alrededor sorprendido del nuevo aspecto que todo tenía.

—¿Quiere el señor tomar algo? —preguntó la doncella.

—No —repuso Gabriel preocupado.

—¿Un whisky?... ¿Un Jerez? —preguntó la sirvienta abriendo la puerta.

—No. Gracias.

La doncella, en su deseo de ser agradable, le presentó una artística cigarrera.

—¿Fuma el señor?

Gabriel miró sorprendido la cigarrera.

—¿Ingleses? ¿Egipcios? —preguntó la doncella.

Y añadió señalando un departamento:

—Estos son los que fuma el señorito Eduardo. Tienen su nombre... Y éstos otros son los que fuma la señora. Tienen su nombre también. Se los manda hacer el señorito Eduardo.

Gabriel demostró con un gesto el pésimo efecto que aquello le producía.

En este momento llamaron a la puerta.

—Con permiso —dijo la doncella retirándose.

Y reapareció en seguida con un ramo de flores en la mano.

Llevaba también una carta.

—Acaban de traer estas flores para la señora — declaró ante el gesto de avidez que leyó en el rostro del visitante.

Gabriel, con un movimiento irrepresible, intentó apoderarse de la carta.

La doncella retiró la mano para impedirlo.

—¡Es para la señora! — exclamó.

—Es verdad. Dispense.

Y comenzó a pasear por el salón, con evidentes muestras de nerviosismo.

## XIII

Signió paseando cuando se fué la doncella.

De pronto, se detuvo ante el ramo de flores y se apoderó de la carta.

Leyó el sobre. "Estrella Sandoval. Paseo del Cisne, 54". Y el membrete: "Casino de Madrid".

La volvió a dejar junto a las flores. Nuevos paseos. Otra vez se detuvo, otra vez la cogió.

La tentación de abrirla le dominaba. Miró nerviosamente a un lado y a otro.

Por fin, se decidió a rasgar el sobre. Pero antes de que lograra hacerlo, oyó pasos y dejó la carta en su sitio.

Para disimular, cogió una pequeña figura y empezó a examinarla.

Entró Estrella. Prevenida por la doncella, había conseguido reves-

tirse de la sangre fría necesaria para ocultar su emoción.

—¿Te gusta esa estatua?—preguntó con cierta indiferencia—. Bonita, ¿no? La compré en Italia.

Gabriel dejó la estatua.

—Estrella... ¿Cómo estás?

Y la voz trémula de él contrastaba con la impasible de su esposa.

—Muy bien—sonrió Estrella—. ¿Te he hecho esperar? Me he retrasado un poco porque tenía un compromiso.

—¿Ineludible?

Estrella entornó los ojos soñadamente.

—Tanto como ineludible...

Y Gabriel, debido al tono empleado por Estrella, tradujo: "Sí, ineludible".



La dama se dejó caer en el sofá.

—¡Ay, qué cansada estoy!  
¿Quieres llamar?

Le indicaba el timbre.

Gabriel llamó.

Estaba asombrado del cambio experimentado por Estrella. Vestía con una elegancia un poco audaz, más propia de una jovencita presumida que de una mujer casada.

Y lo más grave era que aquella ropa le sentaba muy bien y que con ella estaba verdaderamente seductora.

—Gracias — dijo con indolencia cuando Gabriel hubo oprimido el botón del timbre.

Y preguntó en el mismo tono:

—¿Hace mucho tiempo que has llegado?

—Como un cuarto de hora.

—Digo a Madrid.

—Desde que estoy intentando verte.

—¡Ah! —dijo Estrella con indiferencia.

Y abriendo el bolso que había dejado sobre el sofá, sacó la barrita de carmín y empezó a pintarse los labios.

Entró la doncella.

—¿Llamaba la señora?

—Sí—repuso Estrella continuando en su tarea de maquillarse—. Tráeme un té bien caliente cargadito, con tostadas finas y muy calientes.

—En seguida, señora.

Pero cuando iba a marcharse, Estrella la detuvo.

—Espera. ¿Ha venido el correo?

—Sí, señora.

Le entregó un manojo de papeles y el ramo.

—Cartas, el periódico inglés, unas facturas y las rosas.

—¡Ah, las rosas!

Estrella cogió el ramo y lo olió con un gesto de arroamiento.

—Esta es la carta que ha venido con el ramo, señora.

—¡Ah!... ¿Cuándo lo han traído?

—Hace un momento.

Le devolvió el ramo para que lo pusiera en el florero y le recordó:

—Anda, prepara el té.

—Sí, señora.

Se marchó la doncella. Estrella introdujo la carta debajo del bolso y cogió las facturas.

—¿No lees la carta?—preguntó Gabriel.

—¿Cuál?



—La que te han traído con las flores.

—No necesito leerla.

—Por lo visto, sabes lo que te dice.

—Me lo figura.

—Puede que prefieras leerla estando sola.

—¿Por qué?—preguntó Estrella extrañada.

—Es verdad. ¿Qué importa que esté yo aquí para que la leas, diga lo que diga? Perdona.

Hubo una pausa.

—¿Quieres darme un cigarrillo?—demandó Estrella.

—¿De los tuyos?—preguntó Gabriel con reticencia.

—Sí — repuso Estrella con la mayor naturalidad—. Tienen un aroma delicioso.

Y al mismo tiempo que tomaba un cigarrillo de la preciosa cajita, preguntó:

—¿Quieres un cigarrillo?

—No. No hay con mi nombre.

—Acaso haya algún "Romeo y Julieta".

—Antes no fumabas — insinuó Gabriel.

—Aquéllos eran otros tiempos...

Y se llevó el pitillo a los labios.

—¿Quieres darme fuego?

Gabriel le encendió el cigarrillo.

—Gracias.

Y Estrella volvió a coger las facturas que había dejado a un lado.

—Con tu permiso.

Otra vez empezó a repasarlas.

—El caso es—dijo Gabriel—que yo quisiera hablar contigo.

—Habla, te escucho.

Pero siguió en voz alta la suma que había empezado:

—Cinco, catorce, veinte. Llevo dos... ¿Decías algo?

—Todavía no — repuso Gabriel conteniendo a duras penas su nerviosismo.

—Dieciocho... ¡Esta factura está equivocada! Nueve, doce, cuarenta. ¡Claro que está equivocada!

Y como la doncella entrara en este momento con el té, Estrella le ordenó:

—Aquí no. Llévalo a mi habitación y prepárame un vestido de tarde.

—¿Se marcha la señora?—preguntó la doncella sorprendida.

—Sí.

—Es que...

—¿Qué?

—Que el chofer se ha marchado.

Como la señora dijo que no iba a salir.

—No importa. Pide un taxi.

Al ver que se levantaba y se disponía a marcharse, Gabriel preguntó:

—¿Y yo qué hago?

—¿Tú?—repuso Estrella—. Lo que quieras. Estás en tu casa.

Y se marchó, dejándole plantado.

#### XIV

Pensando estaba qué debía hacer, cuando oyó la voz de la doncella y después la de Mariano, el ayuda de cámara, que no se había separado de él cuando se marchó con Laura.

Mariano decía:

—No se moleste. Conozco la casa mejor que usted.

Cuando entró en el salón el criado, Gabriel le dijo en son de reproche:

—¿A qué vienes? ¿No te he dicho que no vinieras aquí más que

en el caso de que se presentara alguna complicación?

—Es que se ha presentado, señor.

—¿Eh?

—Sí, señor: una complicación con abrigo de pieles.

—¿Ella? — exclamó Gabriel alarmado.

—Ella, señor.

—¿Cómo se ha enterado?

—Muy fácil. Preguntando en el Palaco. Como no hemos venido de incógnito...

—Tú, naturalmente, le habrás dicho que no sabías dónde estaba yo...

—Se lo he dicho, naturalmente. Pero ella, naturalmente, no se lo ha creído.

—¿Y...?

—Ha mandado subir su equipaje a la habitación del señor...

—¿Qué ha dicho?

—Lo que ha dicho no creo que puedan oírlo estas paredes. Me ha dado esta carta y me ha encargado que le diga al señor...

—Trac—dijo Gabriel arrebatándole la carta con un gesto de disgusto.

Rasgó el sobre y leyó:

"Vidita, canalla: Si no estás aquí dentro de media hora, verás de lo que es capaz la hija de mi madre..."

Gabriel se guardó la carta en el bolsillo al mismo tiempo que preguntaba:

—¿Qué es lo que te ha encargado?

—Que no vuelva sin la contestación.

—¡Dile que sí! — exclamó Gabriel exasperado—. ¡Que irá!

—¿A qué hora, señor?

—¿A ti qué te importa?

—Nada, señor, pero es que...

—¿Quieres quitarte de mi vista?

Mariano se dispuso a obedecer, ¿qué remedio?, pero antes de que se hubiera marchado, entró Estrella.

—¿Qué pasa?—preguntó a Gabriel—. ¿Por qué gritas? ¿Te ha sucedido algo?

Y señalaba a Mariano.

—Nada. Este idiota...

Entonces se dió cuenta Estrella de la presencia del ayuda de cámara y le saludó.

—¡Hola, Mariano!

—Buenas tardes, señorita.

—¿Qué tal el viaje?

—¡Psh! Hemos visto mucho mundo, señorita.

—Bravo.

Y viendo a su doncella le ordenó:

—¡El taxi! ¡Pronto!

—Sí, señora.

—¿La hora, señor?—se atrevió a preguntar Mariano.

—A las siete — repuso Gabriel con el deseo de quitárselo de encima cuanto antes.

—Está bien. Buenas tardes.

Salió el criado y Gabriel y Estrella volvieron a quedar solos.



—Pero ¿de veras te marchas?— preguntó Villalba.

—¡Claro! Tú también tienes que hacer a las siete.

—Yo puedo dejarlo.

—Yo, no.

Estas palabras produjeron el efecto apetecido por Estrella. Gabriel se puso más nervioso de lo que estaba y preguntó:

—¿Adónde vas?

—Por ahí... — repuso Estrella evasivamente.

—No me gusta que vayas en un taxi. Te llevaré en mi coche.

—¿En tu coche?

—Sí. Te dejaré donde quieras.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no puede ser. De ninguna manera.

—Entonces, quédate.

Ella le miró sorprendida ante el tono casi autoritario que había empleado Gabriel.

—¿Qué dices?

—Que te quedes en casa.

—¿Estás loco?

Y sonreía despreciativamente.

—¿Loco? Cuando una mujer se empeña en salir de casa aunque su marido le ruegue se quede es...

Se detuvo. Estrella empezó a

abrir cajones y a mirar debajo de los muebles como si hubiera perdido algo.

—¿Qué buscas? — preguntó Gabriel.

—Mi marido — repuso Estrella.

—¿Dónde está mi marido? Yo no tengo marido... De sobra lo sabes.

—Estrella — exclamó Gabriel, desesperado—, es preciso que me digas...

Pero ella le atajó:

—No seas ridículo, Gabriel. Al dejarme sola aquella noche, perdiste para siempre el derecho a preguntarme. Mi vida es mía.

Apareció la doncella.

—El taxi, señora.

—Voy.

Y dijo a Gabriel:

—Adiós. Y perdona el apasionamiento. Hoy estoy un poquito nerviosa.

Gabriel había logrado ya dominarse.

—Perdóname tú a mí.

Y preguntó al ver que Estrella se dirigía a la puerta:

—¿Tanto te molesta mi presencia?

—Molestarme precisamente, no,



pero ponerme loca de alegría, comprende que tampoco... Vaya, hasta luego.

—¿Volverás pronto?—preguntó aún Gabriel.

—No sé... depende...

Y añadió tras una breve pausa:

—Voy a casa de mi hermana, como todas las tardes...

—¿Te espero?

—Como quieras, pero no te respondo... En fin, me voy. Debe de ser muy tarde.

Y cuando iba a salir, entró Eduardo.

## XV

Eduardo había oído las últimas palabras de Estrella, y preguntó:

—¿Te vas sin esperarme?...

Estrella se hizo la sorprendida.

—¡Eduardo!

Este, al ver a Gabriel, se había detenido.

—¿Qué hay, hombre?

—¡Hola!—repuso Gabriel secamente.

Y Estrella comprobó que todo le iba saliendo a medida de sus deseos.

Estaba representando una comedia para despertar los celos de su marido y vengarse así de lo que ella había sufrido por culpa de él.

Para hacer más real aún la farsa, había dicho que iba a casa de su hermana, mientras hacía tiempo para que llegara Eduardo, con el que se había citado después de recibir la carta de Gabriel.

Así su marido la cogería en mentira y acabaría de creer lo que ella deseaba que creyera.

—¿No te acuerdas que habíamos quedado en...? — preguntó Eduardo.

Y ella no le dejó terminar la frase.

—Sí. Ahora mismo salía a encontrarte. Hoy no sé lo que me pasa que se me cae la casa encima.

—¿Hoy precisamente? — inquirió Gabriel con una sonrisa dolorosa.

—Sí — repuso Estrella sin alterarse.

Y preguntó a Eduardo:

—¿Has traído el coche?

—Naturalmente.

—Entonces despidiré al taxi.

—¿Tú también vas a casa de Fernanda? — preguntó Gabriel a Eduardo.

—¿Yo? ¿A qué?

—Sí, hombre — intervino Estrella—. Nos está esperando. ¿No te acuerdas que quedamos anoche?...

Eduardo comprendió que tenía que decir que sí.

—Es verdad.

Un guiño de Estrella le hizo ver más claro todavía y entonces añadió:

—Por cierto, ¿cómo es que os fuisteis tan temprano?

Estrella dejó correr la imaginación:

—Ernesto se puso pesadísimo... En cuanto bebe un poco... Y Alejandra tenía miedo de encontrarse allí con su marido.

—Entonces ¿te acostaste temprano?

—Poco después de las dos. Anoche no hubo más remedio que ser persona decente.

Y como si de pronto recordara algo muy importante, exclamó:

—¡Ah! No te he dicho...

Miró a Gabriel y se detuvo.

—Luego te lo explicaré.

Gabriel empezó a perder el control de sus nervios.

—¿Qué le ibas a decir? — preguntó a Estrella con cierto tonillo autoritario.

Y ella, con una sonrisa de indiferencia, repuso:

—Nada, nada.

Se volvió a Eduardo y le preguntó amablemente:

—¿Quieres beber algo? ¿Te hago un cóctel?

—No tenemos tiempo.

Otra vez le fué imposible a Gabriel disimular su estado de ánimo.

—¿No tenéis tiempo de qué?  
¿Queréis explicarme?

—Pero ¿qué te pasa, hombre?—  
le preguntó Estrella.

—Contigo nada ahora.

Y encarándose con Eduardo comenzó a decirle amenazadoramente:

—Vas a decirme ahora mismo.

Pero Estrella cogió a Eduardo de un brazo y se lo llevó, diciendo a Gabriel:

—¿Interviú a estas horas? ¡De ningún modo!... Anda, vamos... Adiós.

—Hasta la vista—dijo Eduardo a Gabriel.

Y Estrella y Eduardo se dirigieron a la puerta mientras cruzaban estas palabras:

—Oye, Estrella; si te pregunta

su marido, di que Cristina estuvo anoche con nosotros.

—Pero ¿el marido no se ha enterado todavía?

—Oficialmente, creo que no.

Gabriel se quedó perplejo en medio del salón.

De pronto se oyeron voces en el vestíbulo.

La doncella decía:

—Pase la señorita. La señora ha salido, pero...

—¿Que ha salido? — exclamó Fernanda con extrañeza.

Y al entrar y ver a Gabriel se quedó estupefacta.

—¡Gabriel!

Y como también él estaba asombrado, surgió de sus labios la misma exclamación:

—¡Fernanda!

XVI

Cuando se hubo repuesto de la sorpresa, Fernanda preguntó a su cuñado:

—Pero ¿cuándo has llegado?

—Hace unos días.

—Estrella no está, ¿eh?

Y añadió en son de lamento:

—¡Es una ingrata! Hace un siglo que no la veo.

—¿Eh?—exclamó Gabriel en el colmo de la inquietud.

—¿Sabes tú adónde ha ido?

—A tu casa.

—¡Imposible!

—¿Imposible?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque de sobra sabe que por las tardes no estoy nunca, y los sábados menos.

Gabriel lanzó una exclamación de asombro.

—¿Qué te ocurre?—le preguntó Fernanda.

—¿Dices que Estrella sabe que no estás en casa?

—Claro que lo sabe... Es decir, me lo figuro. ¿Es que Estrella te ha dicho...?

—Que iba a tu casa como todas las tardes.

Fernanda comprendió que había cometido una imprudencia.

No sabía qué hacer ni qué decir para disimular su turbación.

—¿Eso ha dicho Estrella?

—Sí.

—Pues es verdad.

Y con el deseo de cambiar en seguida de conversación, exclamó contemplando el ramo que Estrella había recibido:

—¡Qué flores tan hermosas!...



Pero a Gabriel le importaban muy poco las flores.

—¿Que es verdad?—preguntó.

—¡Claro!

—Pero si acabas de decir todo lo contrario.

—¿Yo? ¿Qué he dicho yo?

—Que hace un siglo que no la ves.

Y Fernanda, cada vez más azorada, exclamó:

—Un siglo, sí. Pero un siglo no tiene importancia... Si fuera una semana... Pero un siglo...

—Fernandita, te estás haciendo un lío.

—¿Un lío? ¿Por qué?

—Eso pregunto yo: ¿Por qué?

—Pero ¿qué te pasa? ¿Estás malo? Cuidate, porque estos primeros días de otoño son muy traicioneros. Bueno, me voy.

—¿Adónde?

—A casa: a buscar a Estrella.

—No tengas prisa. No estará.

—¿No dices que ha ido?

—Digo que ha dicho que iba, pero...

—¡Ah, pues si ha dicho que iba, es que iba, ¡qué duda cabe!

—Pero ¿no dices que sabe que no estás?

—¡Ay, hijo! Puede que se le haya olvidado y me esté esperando.

Y con el deseo de salir cuanto antes de aquella situación angustiosa, saludó a Gabriel y se marchó.

Cuando quedó solo, lo primero que se le ocurrió fué coger aquella carta que seguía donde Estrella la había dejado y abrirla.

Estaba en inglés. Y como sabía muy poco de este idioma, sólo unas palabras, comenzó a deletrear:

"Darling... roses... made you happy... happy... with all my love..."

Lo de "darling" y lo de "love" fué lo que más le escamó.

Aún tenía el papel entre las manos, con una sonrisa siniestra, cuando sonó el timbre del teléfono.

Descolgó el auricular y reconoció la voz de Laura.

En otro momento las amenazas de su amante le hubieran amedrentado. Ahora sólo consiguieron llenarlo de desprecio y de indignación.

Haciendo caso omiso de los insultos de Laura, le dijo que estaba de ella hasta la coronilla, que hiciera el favor de dejarlo en paz y que no se volviera a acordar del santo de su nombre.

—¡Eres un monstruo!—exclamó Laura—. Hemos terminado.

—¡Claro que hemos terminado! Pero no porque quieras tú, sino porque a mí me da la gana. ¿Lo oyes? ¡Soy yo el que te mando al cuerno!

Y colgó el transmisor, saliendo inmediatamente de la casa.

Entretanto, en el hotel, al darse cuenta de que Gabriel la había dejado con la palabra en la boca, Laura la emprendía a golpes con todo lo que se ponía al alcance de su mano y en pocos momentos quedó la habitación convertida en una especie de Numancia después de la entrada de los romanos.

## XVII

Gabriel entró en casa de Eduardo. Lo encontró sentado en un sillón.

Le dirigió una mirada que presagiaba tempestad, pero Eduardo no pareció darle importancia.

Lejos de eso, le saludó hasta con afabilidad:

—¡Hola!

En vez de contestar al saludo, Gabriel preguntó secamente:

—¿Dónde está Estrella?

—¿Estrella? No sé.

—Ya suponía que ibas a decir que no sabes—exclamó Gabriel cada vez más descompuesto.

—Entonces, ¿por qué me lo preguntas?

—Bueno, está bien... Es a ella a quien vengo a buscar... Dile que salga.

Eduardo, que no había abandonado su actitud apacible e indife-

rente, lo que exasperó más aún a Gabriel, preguntó:

—¿Qué te supones?

—Me supongo que está aquí...

—No está, pero si estuviese, ¿qué? No sería la primera vez que viene a mi casa, bien lo sabes, ni la última...

—Eso quiere decir...

—Quiere decir, sencillamente, lo que es... Mi amistad con Estrella...

—¡Amistad!

Y Gabriel sonreía sarcásticamente.

Después sacó una carta del bolsillo y se la entregó al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Conoces esta carta?

—A ver—dijo Eduardo tomando la carta.

—Lee.

Eduardo sacó el pliego y leyó:

—“Vidita, canalla”.

—¿Eh?

—“Si no estás aquí dentro de media hora...”

Gabriel se dió cuenta de que había entregado una carta por otra y exclamó, al mismo tiempo que se la quitaba de las manos:

—¡Trae acá!

—¿No me has dicho que lea?

Gabriel se guardó la carta de Laura y sacó la otra.

Leyó la primera línea, sonrió siniestramente y preguntó a Eduardo:

—¿Tú sabes inglés, no?

— Hombre, me lo preguntas de un modo que temo sea un crimen decirte que sí.

—¿Sabes o no?

—¡Psh! Un poquito. Lo bastante para leer a Shakespeare...

—Bueno, pues en inglés, es decir, traducido al español, ¿qué quiere decir “Darling”?

—¿Darling? Pues unas cuantas cosas tiernas y suaves: queridito, chiquillo mimado...

—¡Ah! ¿Y chiquilla mimada, no?

—También. En inglés el cariño no tiene género.

Gabriel comentó con desesperación:

—¡Qué idioma tan cómodo!... Entonces, ¿no sabes quién ha enviado a Estrella unas rosas esta tarde?

—Las he enviado yo...

Gabriel se estremeció. Miró a Eduardo fijamente y le escupió estas palabras:

—De ti todo podía esperarlo...



Estás en tu papel... ¡Pero de ella!  
¡Que ella sea capaz!...

—Pero ¿qué estás diciendo? Es indigno que ofendas a una mujer que no te mereces...

—Te la mereces tú, ¿verdad?

—Tampoco...—repuso Eduardo poniéndose serio—. No seas imbécil.

—Entonces, ¿cómo explicas?...

—¿Cómo explico qué? ¿El mandarle unas flores y escribirla unas bromas cariñosas? Si no encuentras tú mismo la explicación en la tristeza de su soledad y en la devoción que siempre le he tenido...

—Pero, si no eres tú, ¿quién es el que me la ha arrebatado?

—¿Por qué ha de ser nadie?

—Es que me ha recibido con una indiferencia...

—¿Querías que te recibiese con los brazos abiertos, sabiendo de donde venías?

—Es que parece... no sé, como

si tuviera un flirt muy arriesgado...

—¿Y si así fuera?

—¡Eduardo!...

—Tiene derecho a la vida...

—Pero yo no puedo consentir...

—¿Tú? ¿Con qué autoridad?

Y ante el desconcierto de Gabriel añadió:

—¿Sabes lo que te digo? Que te estaría muy bien empleado.

Más dolorido que indignado, ante aquella actitud de Eduardo que le demostraba que entre él y Estrella no había nada que no fuera una sincera y limpia amistad, Gabriel repuso:

—Está bien. Gracias.

—De nada—repuso Eduardo secamente.

—Buenas tardes — dijo Gabriel en el mismo tono.

Y también en el mismo tono repuso Eduardo:

—Adiós.



XIX

Se dirigió a casa de Estrella, es decir, a su casa y no vaciló en llamar aunque era de noche.

Salió un criado a abrirle.

—¿Ha regresado la señora?

—No, señor—dijo el criado vacilante—. Telefoné que no venía a cenar.

Por el tono, comprendió Gabriel que el criado repetía una lección aprendida, mejor dicho, mal aprendida.

Y sin pedir permiso a nadie, entró en la casa.

La doncella le salió al encuentro, cerca de la puerta de la habitación de Estrella.

—¿Quién es?—preguntó asustada.

—Yo—repuso Gabriel con temible decisión.

—¿Usted?—exclamó la doncella acobardada.

—Sí.

Y añadió con firmeza:

—Usted sabe dónde está la señora.

—Sí, señor—repuso la doncella como hipnotizada.

—Y me lo va a decir ahora mismo.

—No, señor.

—¿Cómo que no? Ella le ha encargado a usted que no me lo diga, ¿verdad?

—Sí, señor.

Entonces Gabriel se dirigió a la puerta del aposento de su mujer dispuesto a abrirla.

La doncella se interpuso, pero él la apartó, abrió la puerta y entró en el dormitorio.

Inmediatamente, se oyeron los gritos de Estrella pidiendo socorro.

—No grites, que soy yo — dijo Gabriel.

—¡No entres! ¡Espera! Estoy sin vestir.

—¿Eso qué importa?

—¿Cómo qué importa?

Y empezó a llamar a gritos a la doncella, mientras saltaba de la cama y se ponía el abrigo que se había dejado sobre una butaca.

—Pero ¿quién te figuras que soy yo?—le preguntó llena de indignación.

—¡Mi mujer! — repuso Gabriel con firmeza.

—No me hagas reír.

Gabriel lo estaba registrando todo. Miraba debajo de la cama y detrás de los muebles voluminosos, como si temiera que hubieran entrado ladrones.

—¿Qué buscas? — le preguntó Estrella.

—Nada—repuso Gabriel, satisfecho al comprobar que no había nadie en la habitación.

Y preguntó:

—¿Cuándo has vuelto?

—¿A ti qué te importa?

—¡Tenemos que hablar!

Estrella, considerando sin duda que era más cómodo, adoptó una actitud de indiferencia.

Se sentó al borde de la cama y lanzó un hostezero.

—¿Es verdad que quieres a otro?—preguntó el marido.

—Sí.

—¡Imposible!—exclamó exasperado—. ¿Tú quieres a otro?

—¿No quieres tú a otra?

—Esa no es razón.

—Es verdad. En el cariño no hay razones: de sobra lo sabes.

—Pero ¿estás loca?

Estrella sonrió.

—Sí, un poco. La pasión enloquece. Eso también lo sabes tú.

—¡Yo no sé nada! ¿Quién es? ¡Necesito que me lo digas!

—¿Para qué?

—Para ir ahora mismo a romperle la crisma.

—¡No!

—¡Estrella, eres un monstruo de inmoralidad!

—Lo mismo que tú.

El se acercó a Estrella echando fuego por los ojos.

—¿Quién es? ¿Quién es?—preguntó amenazadoramente.

—Nadie—contestó ella un poco asustada.

Entonces Gabriel la cogió por las muñecas.

—¡Mientes, mientes!

—Suelta, que me haces daño.

El la soltó y entonces exclamó Estrella:

—¡Ay, hijo, qué difícil eres de contentar! Te digo que sí y quieres ir a romperle la crisma a él. Te digo que no y quieres estrangularme a mí... ¿Qué quieres que diga?

—Estrella—exclamó Gabriel en tono suplicante—. Todo ha sido una farsa, ¿verdad? Una farsa un poco cruel... Estás vengada... Perdóname.

—Estás perdonado—dijo Estrella con indiferencia—. Buenas noches.

—¡Pero así no, así no!

—¿Pues cómo?

—Déjame estar a tu lado.

Estrella sonrió amargamente.

—¿Los tres otra vez? ¡Yo, tú y ella!

—No. Ella ya no existe.

—¿Se ha muerto?

—Para mí, sí.

—¡Ya! Te has cansado de ella como antes te cansaste de mí... Hijo de mi alma, no tienes vergüenza.

—No me insultes más de lo que merezco. Escúchame.

—¡No!

—Sí.

Y añadió en una especie de delirio:

—Me quieres. Lo sé... lo veo... ¡Eres mía!

Había intentado abrazarla, pero ella lo rechazó.

—¡No soy tan despreciable! ¡Vete!

—¡Estrella! — suplicó Gabriel una vez más.

Y una vez más le rechazó ella, pero ya incapaz de seguir fingiendo aquella indiferencia que tan lejos estaba de su alma.

—¡Déjame ya! — gritó—. ¡Te aborrezco! ¡Te odio! ¡Vete!

—¡No me voy! — exclamó Gabriel decidido.

—¡Ah! ¿No te vas? Muy bien. Me iré yo.

—¡No!

—¿Que no? ¡Ahora mismo!

Salió de la habitación. En el salón la alcanzó Gabriel.

—¿Adónde vas?

—No sé.

Y abrochándose el abrigo para que no se le viera el camisón, se fué a la calle, siempre seguida de Gabriel que no cesaba de llamarla:

—¡Estrella... mujer... escucha!



## XX

Estrella iba de prisa, sin detenerse, sin hacer caso de las insistentes llamadas de Gabriel.

Se daba cuenta de que estaba a punto de darse por vencida. Una palabra más de Gabriel y habría caído rendida en sus brazos. Porque le amaba, le seguía amando como le había amado antes de romper con él y siempre. Porque seguía siendo su marido, porque no había dejado de serlo nunca, porque en la vida se ama una vez y ese amor vale por todos.

—¡Estrella, Estrella!

Y ella apretaba el paso.

Oía muy cerca, cada vez más cerca, los de Gabriel.

Estaba perdida.

Vió los focos de un auto. Levantó la mano.

—¡Taxi, taxi!

El auto pasó por su lado veloz-

mente y entonces pudo ver que no era un taxi, sino un soberbio automóvil de propiedad.

Se quedó parada, confundida. Y Gabriel aprovechó la oportunidad para acercarse a ella y decirle irónicamente:

—Iba ocupado y además no era un taxi.

Ella se revolvió no tan iracunda como quería aparecer.

—¡Déjame en paz! ¡Mira que llamo a un guardia!

Un transeúnte que pasaba en aquel momento por el lado de ellos, intervino:

—Señora, ¿la está molestando este hombre?

—Sí.

El quijotesco caballero se fué hacia Gabriel con el evidente propósito de darle un par de puñetazos.



Gabriel creyó prudente advertirle.

—Es mi mujer... ¿sabe usted?

El transeúnte se quedó estupefacto.

Se volvió a Estrella y le preguntó:

—¿Es su marido?

Y Estrella, comprendiendo que una negativa hubiera producido un conflicto, repuso:

—Sí.

—¡Ah! Entonces, ustedes perdonen.

Se quitó el sombrero y se marchó.

Estrella echó a andar nuevamente. Y como empezaba a cansarse y Gabriel le ganaba terreno, decidió meterse en alguna parte.

Vió un cine, cruzó la calle y se fué a la taquilla.

Pidió una butaca, lo cual extrañó al taquillero sobremanera.

—Está terminando la sesión, señora.

—No importa.

Fué a buscar el dinero en el bolso, pero al ver que Gabriel llegaba a su lado, huyó hacia el interior del cine.

Entonces Villalba tomó dos localidades y entró tras ella.

La sala estaba a oscuras.

Un acomodador condujo a Estrella a una de las primeras filas, que estaba vacía.

Apenas se hubo sentado, alguien ocupó la butaca contigua. Era Gabriel.

Ella lo vió de reojo, pero no dijo nada. Los dos se interesaron por lo que en la pantalla estaba ocurriendo en aquel instante.

La película tocaba a su fin.

Consistía la escena en un caballero que trataba de abrazar a una mujer, su esposa, mientras le decía con vehemencia:

—Me quieres. Lo sé... lo veo... Eres mía.

Y ella le rechazaba.

—¡No! No soy tan despreciable. ¡Vete! Te odio.

Los dos, Gabriel y Estrella, miraron atentamente y se vieron retratados en los personajes de la película.

¿Acaso no les ocurría a ellos lo mismo?

—¿Qué sucederá? — se preguntaron los dos.

Y ocurrió que por fin ella, la dama del film, se dejó abrazar por él.

Y aquel abrazo fué como una lla-

mada para el corazón de Estrella.

Los dos estaban profundamente emocionados.

Gabriel murmuró:

—Mira que he venido a pedirte perdón humildemente, mira que te prometo amor y lealtad...

Y suplicó:

—No me dejes marchar. ¿No me quieres?

Estrella, como hablando consigo misma, repuso:

—Sí.

—¿Lo dices con tristeza?

—Con rabia de mí misma—repuso Estrella en el mismo tono de desfallecimiento—. Nuestro amor era para mí una cosa tan limpia, tan verdadera, tan de cristal... Y ahora sé que es de barro, que es frágil y que tengo que defenderle, si no quiero que otra vez me lo quiten.

Y él, apasionado:

—Ahora seré otro hombre, te lo prometo.

Y como el semblante de ella seguía velado por una especie de dulce tristeza, preguntó:

—¿No te alegra?

—No —confesó Estrella—, porque es al mismo hombre al que amo y sin él no podría vivir.

Como en la película, un abrazo y un beso puso fin a la escena de reconciliación.

Cuando se separaron ya había terminado la película.

Y en la pantalla apareció el siguiente anuncio:

"Mañana, sensacional estreno de la magna superproducción:

*No te fijas en su marido.*"

Los dos se miraron y se echaron a reír.

FIN

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

# COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS:

- |                          |                           |                          |                           |
|--------------------------|---------------------------|--------------------------|---------------------------|
| La vida alegre.          | Los tres naciones.        | La princesa se enamora.  | Notas entre amantes.      |
| El gran desfilé.         | Cristina, la Holandesa.   | Amor y amor.             | Para alcanzar la luna.    |
| Miguel Strogoff o el     | Viva Madrid, que es       | El gran desfilé (edición | El hombre que amó a       |
| Corre del zar            | mi pueblo!                | popular).                | Kintase!                  |
| La princesa que supo     | Gentiles blancas.         | De Barry, mujer de no-   | La calle.                 |
| amar                     | La conde andalusí.        | mión.                    | El príncipe.              |
| El coche número 12       | Los encinos.              | La vida alegre (edición  | Milicia de paz.           |
| San Isidoro              | León.                     | popular).                | Amor de medianoche.       |
| Marc Nostrum             | El conde de Montecarlo    | Angels del infierno.     | Miguel Strogoff o el      |
| Nazko, el hombre que se  | la mujer ligera.          | Cuerpo y alma.           | Corre del zar (edi-       |
| vendió                   | Vigentes modernas.        | El impenetrable.         | ción popular).            |
| Cuba                     | El pagano de Tabal.       | España a medias.         | La hermana San Sulpicio   |
| El fin de Montecarlo     | Katreslas dichosas.       | Escalas de la moda.      | El demonio y la carne     |
| Vida bohemia             | La seducción del 18.      | Petit Café.              | (edición popular).        |
| Kazi                     | Hay que casar al prí-     | Hay que casar al prí-    | La dama misteriosa.       |
| Adela, jovenzuela        | ncipe.                    | ncipe.                   | Los esclavos de la Vi-    |
| El judío errante         | Revelaciones.             | Inspiración.             | gan.                      |
| La mujer desnuda         | Evangelina.               | El proceso de Mary Da-   | París de baile.           |
| La de Ramona             | Orgasmos salvajes.        | gan.                     | El Capone (Pánico en      |
| Casanova                 | El caballero.             | Martinez.                | Chicago).                 |
| El príncipe              | España.                   | En cada puerta un amor.  | El último amor.           |
| Don Juan, el huésped     | La máscara del diablo.    | ¿Conoce a tu mujer?      | Muchachos de uniforme.    |
| de avella                | El pan nuestro de cada    | El millón.               | Murdo y mujer.            |
| Noche nupcial.           | día.                      | La mujer X.              | Mata-Hari.                |
| El espíritu cielo        | Vida hidalga.             | Como alegría.            | Consejo (festa de se-     |
| Beau Geste               | Poveña.                   | Mar de fondo.            | rie).                     |
| Los vencedores del fuego | Tentación.                | La llama asagra.         | Cacerías.                 |
| La mariposa de oro       | La petadora.              | La ley del barón.        | Ernest una vez en vida.   |
| Hen-Har                  | El beso.                  | La fruta amarga.         | Monstruos en mi vida.     |
| El demonio y la carne    | Ella se va a la guerra.   | Vida trunada.            | Nitela.                   |
| La castellana del Libro  | Los hijos de odio.        | La feta del mar.         | Hebe.                     |
| La tierra de todos       | El pescador de perlas.    | Tabó.                    | Indescribable.            |
| Trípodi                  | Santa Isabel de Cerro.    | El pasado oscuro.        | Tarzan de los mones.      |
| El rey de reyes          | Los dos huérfanos.        | Papa piernas largas.     | El tumor del hombre.      |
| La ciudad castigada      | La creación de la retina. | Trader Horn.             | La vuelta al mundo por    |
| Seguir y arrear          | El precio de un beso.     | Un yamou en la noche     | Douglas Fairbanks.        |
| Agiles truchas           | La rapadura del recuerdo. | del rey Arturo.          | Chica han.                |
| El cargante Malacra      | Delicadesas.              | El código penal.         | Reclutamiento.            |
| El capitán Burck         | Del mismo barro.          | La pura verdad.          | Champ (El campoda).       |
| El jardín del edén       | Revelaciones.             | Macmillan, o el derecho  | La culpa del segun-       |
| La princesa mártir       | Cuatro de infantería.     | a la vida (festa de se-  | Los amores de José Mo-    |
| Ramona                   | Olimpia.                  | ric).                    | lica (festa de series).   |
| Dos amantes              | Monarca Sans-Gina.        | Carbon (La tragedia de   | El caballero de la noche. |
| El príncipe estudiante   | hombres de gloria.        | la mina).                | Arden Lapin.              |
| Ada Karoline             | Mambo.                    | Estudiantes.             | La dama del 18.           |
| El destino de la carne   | Ladrón de amor.           | Las peripetias de Hilggy | Amor en vaina.            |
| La mujer divina          | Molly (la gran perada).   | ¿Qué estudio!            | El pasado de Madalén      |
| Ale                      | El valiente.              | El camino de la vida.    | Claudio.                  |
| Cuatro hijos             | (De frente... marchen!    | Noches de Viena.         | La casa de los muertos.   |
| El carnaval de Venecia   | Prim.                     | Mamá.                    | Titanes del cielo.        |
| El ángel de la calle     | El presidio.              | Erre trape.              | El proceso Dierfals.      |
| El último día            | Romance.                  | Cheri-Bibi.              | La vida de un gran ac-    |
| El enemigo               | El gran chisme.           | Bismarck una vez.        | tora.                     |
| Amante                   | Tempestad.                | Camarotes de lujo.       | El último varón sobre la  |
| La bailarina de la Ope-  | El día del mar.           | Los hijos de la calle.   | Tierra.                   |
| ra.                      | Acid Chirale.             | La divorciada.           | Pantomas.                 |
| Moulin Rouge.            | Sevilla de mis amores.    | Madame Satin.            | Violetas imperiales.      |
| Des Al.                  | Horizontes oscuras.       | ¿Cuanto te suicidas?     | Boy un fugitivo.          |
| Los cuatro diablos.      | Bo-Hur (edición popu-     | Maracana.                | Teresa.                   |
| (Se, payaso, riel        | lar).                     | El carnet amarillo.      | La película de las estre- |
| Volga, Volga.            | La incorregible.          | Montar a tu madre.       | lla. Grand Hotel (fue-    |
| La infamia patética.     | El malo.                  | En última noche          | ra de serie).             |
| Un cuento maravilloso.   | El pavo real.             | Los alarces chinos de    | Hollywood al demanda.     |
| Wassilgial               | Bajo el techo de París.   | Viena.                   | angre rosa.               |
| La ruta de Singapore.    | Wu-li-chang.              | Viva la libertad!        | El doctor N.              |
| La actriz.               | Montecarlo.               | Maroda.                  | Emma.                     |
| Mickar Wu.               | Camino del infierno.      | El tratamiento del amor. | Primavera en acción.      |
| Ronacer.                 | Mis verás!                | Delicosa.                | El hijo del destino.      |
| El despertar.            | Allegro!                  | Cielo cobado.            | Ha o ninguna.             |
| La melódica del amor.    | La mujer que amamos.      | margo lallio.            | El cuento en la sangre.   |
|                          | Al compás de 3-4.         |                          |                           |



El azul del cielo.	El robo de la Monna Lisa.	Secretos.	Dos noches.
El maestro de la ciudad.	La ciudad de amor.	La feria de la vida.	La melodía prohibida.
El hombre que se reía del amor.	Salvado.	Una murena y una rubia.	El primer derecho de un hijo.
Musan Lenox.	Divorcio por amor.	Como tú me deitas.	Canción de Oriente.
Mercado de mujeres.	Corazones sin rumbo.	El relicario.	La amargura del general.
Muñecas culpables.	Corazones valientes.	El amor y la muerte.	Yen.
La princesa se divierte.	Iruta-Pugazon-Demare.	En viuda romántica.	Bolche.
La mano asesina.	(Fuera de serie).	Respetin y la Zarina.	La vida privada de Enrique VIII.
El rey de los gitanos.	Los tres mosqueteros.	Seisena tiene un secreto.	Para Diavolo.
El sargento X.	(Los Héroes de la reina).	22.000 años en Sing Sing.	El padrino ideal.
Los seis misteriosos.	Milady (2.ª parte de Los tres mosqueteros).	Huérfanos en Budapest.	El judío errante.
Esta edad moderna.	Soledad.	¿Milagro?	El hijo de la parroquia.
La novia de Escocia.	La calle 42.	Vivamos hoy.	Latty Lynton.
Beata al pasar.	Los dos huérfanos.	Odio.	Barru Chino.
El mayor amor.	Cabalgate.	Los crímenes del museo.	
El espreso fantasma.		El secreto del mar.	
Al despertar.		Mis labios engañan.	
		No dejes la puerta abierta.	

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

## Próximo número:

### UN LADRON EN LA ALCOVA

por KAY FRANCIS, MIRIAM HOPKINS, HERBERT MARSHALL, C. RUGGLES, etc.

## En preparación:

### EL CANTAR DE LOS CANTARES

por MARLENE DIETRICH.

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

**EDICIONES BISTAGNE**

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA



COLECCIONE USTED EL NUEVO ÉXITO DE  
 Ediciones BISTAGNE  
 LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDÚ (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.  
 EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.  
 NO QUIERO SABER QUIEN ERES, por Lilian Haid y Gustav Froehlich.  
 LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.  
 ¡ALO, PARÍS!, por Josette Day y Wolfgang Klein.  
 PAJAROS DE NOCHE, por Annay Odra, Ivan Petrovich, etc.  
 LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebühr, etc.  
 UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.  
 DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.  
 EL SESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.  
 RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.  
 ABISMOS DE PASION, por Jean Harlow y Walter Byron.  
 LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wellesfield, etc.  
 EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.  
 EL HOMBRE QUE VOLVIO, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, etc.  
 SEIS HORAS DE VIDA, por Werner Baxter, Miriam Jordan, etc.  
 EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, etc.

EL BAILE, por André Lefaur, Germaine Dermoz, etc.  
 MI CHICA Y YO, por Joan Bennett, Spencer Tracy, etc.  
 AVENTURA DE UNA MUJER BONITA, por Lil Dagover, etc.  
 ALCOHOL PROHIBIDO, por Dorothy Jordan, Robert Young, etc.  
 ESTA NOCHE O NUNCA, por Gloria Swanson, Melwyn Douglas, etc.  
 EL PAÑUELO INDIO, por Cathleen Nesbitt, Emelyn Williams, etc.  
 EL HOMBRE DEL ANTIFAZ BLANCO, por Renée Gadd, etc.  
 LA PRINCESA DEL «S-10», por Marion Davies, Leslie Howard, etc.  
 ALMAS TORTURADAS, por Evelyn Brent, Conrad Nagel, etc.  
 ENTRE DOS CORAZONES, por Douglas Fairbanks, Jr., Rose Hobart.  
 PIERNAS DE PERFIL, por Buster Keaton, Jimmy Durante, etc.  
 EL MARIDO DE LA AMAZONA, por Ellsae Landi, Ernest Truex, etc.  
 AMORES DE OTOÑO, por Luis Alonzo (Gilbert Roland), Lew Cody, etc.  
 LA CONSENTIDA, por Carole Lombard, Walter Connolly, etc.  
 LUCHA DE SEXOS, por Fay Wray, Gene Raymond, Claire Dodd, etc.  
 UNA CLIENTE IDEAL, por René Leffevre.  
 DE CARA AL CIELO, por Marion Nixon y Spencer Tracy.

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías  
 en papel couché. Precio: 50 céntimos

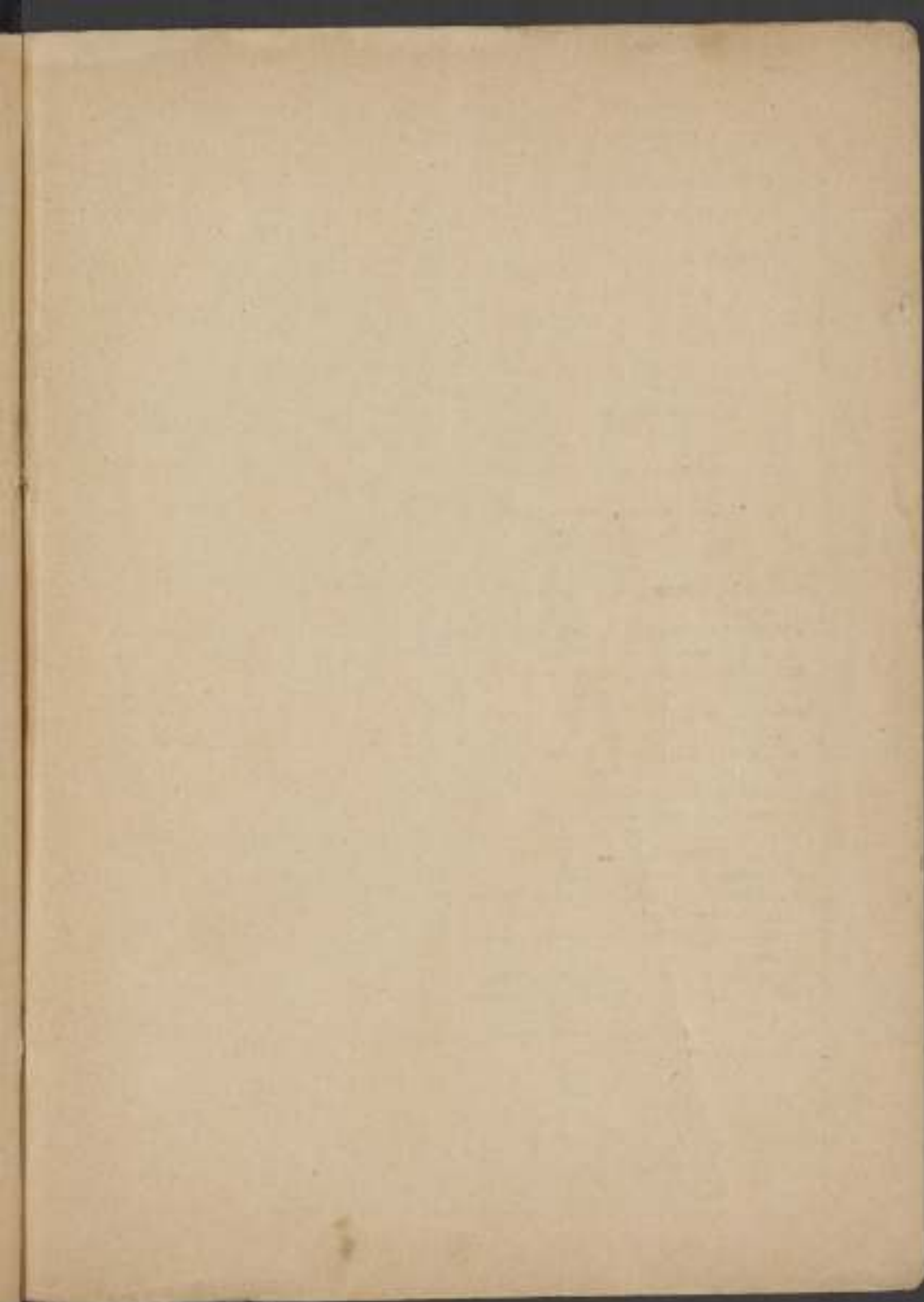
COLECCION USTED EL NUEVO ACIERTO DE  
 Ediciones BISTAGNE  
 EXITOS CINEMATOGRAFICOS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Klean  
 Landl, Victor Max Legien, etc.  
 LA CONDESA DE MONTECITO, por  
 Brigitte Helm.  
 AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou  
 y Barbara Stanwyck.  
 UNA MUJER DE MALA FAMA, por Ma-  
 dy Christians, Hans Stow, etc.  
 UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Amy  
 Gandra.  
 JAQUE AL REY, por Emilia Chautard, Pan-  
 line Garon.  
 PARIS-MEDITERRANEO (Dus en un so-  
 che), por Annabella y Jean Marat.  
 PAPA POR AFICION, por Warner Baxter  
 y Marian Nixon.  
 BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence  
 Tibbet, Lope Vélez, etc.  
 LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Ra-  
 dy Eilers, Ben Lyon, etc.  
 EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G.  
 Robinson, Loretta Young, etc.  
 CON EL FRAC DE OTRO, por William  
 Haines y Dorothy Jordan.  
 CONDENADO, por Ronald Colman.  
 MONSIEUR, MADAME Y RINI, por Mary  
 Glory y René Lefèvre.  
 ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh.  
 Anita Page, etc.  
 EL DORADO OESTE, por George O'Brien.  
 ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett  
 y Ben Lyon.  
 LA REINA KELLY, por Gloria Swanson,  
 Walter Byron y Beena Owen.

SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Ba-  
 chman, Moe Marsh, etc.  
 TRÁS LA MASCARA, por Jack Holt, Ho-  
 rie Karloff, etc.  
 TRES MUJERES, por Ida Claire, Madge  
 Evans, Joan Blondell, etc.  
 ENTRE DOS ESPORAS, por Sally Eilers,  
 Ralph Bellamy, etc.  
 AGUJAS HUMANAS, por Liane Haid, etc.  
 DESILUSION, por Helen Twelvetrees, Eric  
 Liden, Arline Judge, Cliff Edwards, etc.  
 LA CUEVA DE LOS BANDIDOS, por  
 George O'Brien, Mervyn O'Sullivan, etc.  
 NADA MAS QUE UN GIGGLO, por Wi-  
 liam Haines, Irene Purcell, Marta Alba, etc.  
 LOS HIJOS DE LOS «GANGSTERS», por  
 Boris Karloff, Leo Carrillo, etc.  
 LA DAMA AZUL, por Jacqueline Gael, André  
 Baugé, etc.  
 AMOR PELIGROSO, por Warner Baxter, Mi-  
 riam Jordan, etc.  
 EL PARAISO DEL MAL, por Ronald Colman.  
 CARAS FALSAS, por Lowell Shermann, etc.  
 PROHIBIDO, por Conchita Montenegro, etc.  
 POLLY, LA CHECA DEL CUOCO, por Marion  
 Davies y Clark Gable.  
 VIDAS INTIMAS, por Norma Shearer.  
 HACIA LA LUZ, por Marilyn Miller, etc.  
 SUERTE DE MARINO, por Sally Eilers.  
 LA PELUJOSA, por Jess Harlow.  
 TOBERO A LA FUERZA, por Eddie Cantor.  
 LA FLOJ DE HAWAI, por Marta Eggerth.  
 A CASARSE, MUCHACHASI, por Renée  
 Miller y Hermann Thimig.  
 CON PASION, por Fernand Gravvy, Florella.  
 TRES VIDAS DE MUJER, por Warren William.  
 SU UNICO PECADO, por Ronald Colman.

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías  
 en papel couché. 1-1 Precio: 50 céntimos



FIL.

**E. B.**

**Precio: Una peseta**